
EL SOL DE LOS DIOSES
CURTIS GARLAND
USA
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

El sol de los dioses

Curtis Garland

La Conquista del Espacio/073

Depósito Legal B 44.323 -1971

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

1

—Avería —dijo Lev.

Se miraron. Con serenidad. Con frialdad. Pero había terror en el fondo de sus pupilas. El instintivo terror de todo hombre ante la muerte, ante lo inevitable.

—Dios mío... —musitó Alexis—. ¿Seguro, Lev?
—Seguro -—afirmó Lev—. Avería irreparable.
Luego, miraron al tercer miembro de la tripulación. Este se mantenía aún más frío y sereno que ellos.
—Eso significa... —comenzó, sin un solo temblor en la voz.
—La muerte —sentenció Lev.
—No exageres —suspiró Alexis—, De momento, sólo la pérdida del rumbo fijado.
—Es lo mismo. Perder el rumbo es irse hacia un sol cualquiera. O hacia la noche eterna de lo desconocido. Depende de adonde se dirija la nave. Ya no la controlamos. Tampoco la controlan desde tierra.
—Bien. Supongamos que es la muerte —habló el tercer miembro de la tripulación—. No podemos hacer nada. Sólo esperar.
—Esperar a morir —afirmó Lev—. Sí, eso es. Pero no me gusta esperar. Nunca me gustó.
—No queda otro remedio —sonrió Alexis, mirando al exterior negro y sin luces—. Aquí no existen alternativas.
Lev.
—En la vida, las alternativas son relativas, Alex. Y escoger, siempre es difícil. Prefiero no tener donde elegir. No hay posibilidad de errar. Todo depende de otras cosas, no de nosotros.
—Otras cosas... —repitió, pensativo, el tercer tripulante—. ¿Dios?
—Llámalo como quieras. No es ya nuestra responsabilidad. Somos un cuerpo flotante, perdido. Depende de adonde nos dirijamos. De cualquier modo, sea a donde sea, es el fin.
—Siempre aceptamos eso como un riesgo de nuestro trabajo —meditó Alexis en voz alta—. Otros compañeros, no importa de qué país fuesen, hombres del planeta Tierra, como nosotros, encontraron ese mismo final» antes de llegar - a esto. Cada vez es más difícil triunfar. Cada vez está más cerca el fin.
—Y ahora, más que nunca —le recordó Lev.
Hubo un silencio dentro de la nave. Luego, uno de los tres soltó una breve risa. Los otros dos miraron, sorprendidos por ese brusco brote de hilaridad.
Era el tercer astronauta quien había reído. Lev se encogió de hombros. Alexis arrugó el ceño, bajo su liviano casco espacial con el emblema de su país, su graduación y el distintivo de la International Astronautic Organization.
—¿Por qué ríes? —indagó.
—En cierto modo, por no llorar quizá.
—Llorar... No creo que seas capaz de tal debilidad. Ninguno lloramos.
—A veces, es conveniente hacerlo, Alex. Desahoga el ánimo.
—Bien. Llora, entonces. Pero no te rías. Esto no tiene gracia.
—Perdidos en el espacio... —murmuró el tercer miembro del grupo—.

Perdidos aquí, tan lejos de todo...
—Muy lejos, sí —suspiró Lev, mirando los indicadores de a bordo-—. En los límites de nuestra Galaxia. Casi en el abismo de la Nada, hacia otros lugares que ni siquiera sabemos lo que son. Hacia mundos y soles diferentes. Hacia las estrellas, como se decía en los tiempos en que aún existía la poesía en todo esto...
Alex miró de soslayo a su compañero. Sonrió, inclinando la cabeza.
—Poesía... —musitó—. ¿Hay poesía en la muerte de los hombres, Lev?
—No lo sé —miró Lev hacia la negrura eterna de los espacios cósmicos—. ¿Hay algo, más allá de la,muerte?
—Tonterías —rechazó Alexis—. La muerte. Sólo eso. La nada. El silencio. La oscuridad eterna.
—La oscuridad... —Lev hizo un gesto expresivo. Señaló a uno de los ovalados visores asomados al espacio negro e insondable—Eso es también oscuridad, Alex. Y estamos ya hundidos en ella. Para siempre. Hasta que alguna estrella gigantesca nos absorba, hundiéndonos en una masa ígnea... o nos quedemos flotando, perdidos en el vacío total.
—De cualquier modo, el final viene a ser el mismo. Más lento o más rápido, esa es la diferencia.
—Yo no tengo prisa en morir —señaló Alexis, irónico. Comprobó, por pura rutina, los mecanismos de a bordo. Luego, meneó la cabeza—. Al menos, que nos den algo de tiempo. Viajemos…
—¿Hacia dónde, Alex?
—Hacia cualquier sitio. Hacia la nada. O dando vueltas en órbita, en torno a cualquier maldito planeta sin vida orgánica. Hasta morir. En realidad, es un viaje que sólo puede tener ese final: la muerte... Me gustaría que nos esperase lo más lejos posible de nuestro punto de destino, Lev.
—Sí, tomando así las cosas... —admitió su compañero. Sonrió, sereno, dueño de sí. También por pura rutina tecleó en el grabador magnético, imprimiendo el diario habitual de a abordo. A pesar de que ya nadie iba a leerlo jamás. A pesar de que no tenían comunicación alguna con la Tierra. Ni con ninguna colonia espacial. Ni con las estaciones espaciales de ningún país, o de la Comunidad Internacional del Espacio. A pesar de que estaban aislados por completo del resto del Universo habitado. Allí, en aquella zona del vacío total, al margen de los límites de la Vía Láctea.
El silencio entre los tres viajeros del espacio se hizo más largo. Lev se ocupaba de teclear los datos del diario de a bordo. Alexis, comprobaba los informes técnicos computados. Los mismos que, poco antes, habían dado el trágico dato:

Avería total. Sin rumbo.
Comunicaciones interrumpidas.
Perdidos. Imposible regreso
o rectificación de ruta.
Máxima emergencia.

Máxima emergencia... Era la frase más trágica que se podía ver impresa. Significaba que, prácticamente, no quedaban posibilidades favorables. Casi ninguna. Sólo dejarse llevar por el destino. Ir adonde les llevase su propia suerte.
Y eso era lo que estaban haciendo ellos. Los tres cosmonautas. Lev, comandante de vuelo. Alexis, su segundo y auxiliar directo. Y, finalmente, el doctor en biología y bioquímica: Ilonka. Una mujer... El tercer miembro de la tripulación perdida, condenada a perecer más allá de nuestra Galaxia...
Una mujer científica llamada Ilonka.

* * *

—Ilonka...
—¿Sí? —ella se volvió a Lev, comandante de la Notch- 10, con la fría indiferencia de quien trabaja dentro de un sistema perfectamente medido, disciplinado, que no tiene por qué alterarse, ni siquiera ante una situación límite, porque quizá en el mantenimiento de esa disciplina, medida y rutina mecánica, pueda estar la única posibilidad, la remota esperanza de salvación.
—Algo nos atrae —dijo Lev.
—¿Cómo? —Ilonka dirigió una mirada de soslayo, preocupada, al dormido Alexis, que tenía su período de reposo previsto.
—Un cuerpo —suspiró Lev—. Nos está atrayendo. No debe ser muy grande. La gravitación tiene un grado muy inferior al terrestre. Pero nos atrae.
Ilonka se incorporó de su asiento. Fue hacia el computador. Miró los datos. Asintió en silencio.
—Sí —musitó—. Nos atraen... ¿Hacia dónde, Lev?
—Hacia ese punto —señaló en un mapa luminoso un punto de luz rojiza, fijo. En su vecindad se movía otro diminuto punto de luz azul. Este último era su nave—. Es un planeta, no hay duda. Y tendremos suerte si vamos hacia él.
—¿Suerte? —Ilonka enarcó las cejas—. Ni siquiera sabemos si es habitable o no...
—Pero mire eso, Ilonka —Lev señaló con fijeza un punto más amplio de luz, un círculo blanco, en el ángulo superior de la pantalla luminiscente.
—¿Qué es?

—Un sol. Un sol que debe dar luz a ese pequeño planeta. De no existir ese mundo, y estar cerca de nosotros... iríamos directamente hacia el sol. Y un sol, Ilonka, es siempre una masa de luz, de calor. En suma, fuego y energía. Un horno colosal donde desapareceríamos sin remedio, disueltos en la masa ígnea.
—¿Y ese planeta desconocido...?
—Ese, al menos, es una incógnita. Puede tener atmósfera, y podemos morir en ella. Puede tener una atmósfera venenosa que nos aniquile. E incluso podemos estrellarnos, o quedarnos eternamente en órbita. Depende de que nuestros sistemas de propulsión no fracasen al descender. Pero, cuando menos, hay una posibilidad. Yendo a ese sol gigantesco, cuyo diámetro debe ser cuarenta o cincuenta veces el de nuestro sol conocido..., no hay posibilidad alguna.
—Entonces, esperemos que eso resulte. Y que hayamos tenido suerte...
—Es nuestra única esperanza —sonrió Lev.
Continuó registrando los datos para el cuaderno de bitácora. Alexis dormía. Ilonka volvió a sus tareas rutinarias. El Notch-10 continuó su marcha inmutable, atraído por aquel mundo desconocido.

* * *

Hubo un crujido largo y alarmante.
—¡Impacto!
El grito sordo de Lev era innecesario. Ellos sabían que acababan de hacer impacto, efectivamente. En alguna parte. En un lugar del planeta.
Estaban en una tierra firme de no sabían dónde. Lo habían logrado. Salvaron la fricción atmosférica y el choque con el suelo. Había sido brusco, violento incluso. Pero la nave Notch-10 había salvado el choque. Estaban ilesos. Sobre un mundo ignoto. Sobre alguna parte, en un rincón cósmico a donde el hombre llegaba por vez primera.
—Cielos... —susurró Alexis—. Lo hemos logrado...
Trató de ver algo en el exterior. Era inútil. Un humo denso, una polvareda, acaso una niebla .impenetrable, envolvía los vidrios herméticos, dificultando toda posible visión externa. Esa humareda tenía un tinte azulado.
—¿Se encuentran todos bien? —era Lev quien hacía la pregunta.
—Sí, bien por completo —asintió Ilonka.
—Perfectamente, Lev —afirmó también Alexis—. Sin novedad, a lo que parece. Ni en nosotros, ni en la nave. Todo parece funcionar correctamente.
Lev asintió, tras una ojeada a los cuadros y los indicadores electrónicos. Soltó los correajes de su asiento de seguridad, y se despojó de la escafandra espacial, subiéndola sobre su casco blanco.

—Creo que hemos de comprobar la atmósfera exterior —señaló—-. Luego, exploraremos, si ello es posible. Para eso hará falta no sólo que haya atmósfera respirable, sino también que el suelo sea firme, y no esté compuesto por agua, fango o tierras movedizas. En realidad, nada sabemos de este mundo.
—Sólo que está lejos. Muy lejos de todo lo conocido. Lev —le recordó Alexis.
—Eso no necesitas decírmelo —suspiró Lev—. Por eso me pregunto... qué habrá allá fuera.
—Una pregunta fascinante —dijo Ilonka—. Pero de pronta respuesta...
—Si, pero... ¿qué respuesta? —musitó Lev.
—Esa es la gran incógnita... —Alexis se inclinó sobre el computador —. Veamos lo que dicen nuestros aparatos sobre la atmósfera y el suelo exteriores...
Accionó algunas teclas y conmutadores. Funcionó con actividad febril la computadora. Sus tableros luminosos pestañearon en guiños de mil colores, las cintas magnéticas giraron veloces en sus ruedas...
Surgió una tarjeta con los datos computados, tras la lectura de los indicios proporcionados por los receptores exteriores de la nave espacial.
Alexis leyó aquellos datos. Sin un comentario, se los tendió a Lev. Este también los examinó en silencio. Los dos se miraron. Ilonka, preocupada, fue hacia ellos.
—¿Qué? —musitó—. ¿Negativo?
—No —dijo Lev—. Sorprendente.
—¿Sorprendente? ¿Por qué?
—Los datos. Son idénticos a los ideales 'para la supervivencia humana. Como si hubiéramos regresado al planeta Tierra, Ilonka…

2

Se detuvieron ante la puerta de salida de la nave, en el tubo del compartimiento especial para descompresión.
—Consultemos los relojes —dijo Lev—. Es mejor sincronizarlos.
Asintieron Ilonka y Alexis. Miraron los cronómetros de sus muñecas. Pestañearon, sorprendidos. Alzaron sus ojos hacia Lev. Este les contemplaba, indeciso. Detuvo sus palabras con un ademán.
—Sé lo que van a decirme —masculló—. Tienen parados sus cronómetros.
—Sí. ¿También el tuyo, Lev?
—También —suspiró el interrogado. Escudriñó el interior de la nave, a través del visor del compartimiento. Meneó la cabeza—. Y el reloj de a bordo. Parado. Todos en la misma hora, según parece...
—¿Las ocho y veinte minutos?

—Exacto —convino Ilonka—. Esa hora marca mi reloj.
—Y el mío —asintió Alexis.
Hubo un silencio. Un corto y tenso silencio.
—Bien —masculló por fin Lev—. Tal vez alguna fuerza magnética alteró los mecanismos. No es demasiado anormal. Todos los relojes se detuvieron a un tiempo.
—Sí, pero ¿por qué? —se interesó Alexis.
—Sé tanto como tú, Alex. Los computadores no señalaron ninguna alteración magnética, si es a eso a lo que te refieres. Pero son mecanismos preparados para cuanto conocemos en nuestro mundo. Sabemos aún muy poco de los demás mundos, Alex.
—Bien. De cualquier modo, no podemos hacer sino intentar ponerlos en hora otra vez —interrumpió Ilonka. Probó con su cronómetro. Luego, sonrió—. ¿Ves? Funciona perfectamente ya. Lo he puesto a las doce en punto. Es una hora convencional, pero posiblemente en este planeta no existan relojes. Será tan válida como otra cualquiera.
—De acuerdo —Lev puso su cronómetro, al tiempo que Alexis le imitaba—. Las doce. Empieza a contar un nuevo tiempo para nosotros. Vamos allá. Todo está a punto. No debemos permanecer más de una hora allá fuera, al menos de momento. Comprobad los datos meteorológicos y atmosféricos. Yo mediré la gravitación, la densidad, tomaré muestras de minerales... y de plantas, si las hay, como en buena lógica debe haberlas, dadas las características computadas. También trataré de medir el magnetismo de este planeta, si lo tiene.
Afirmaron los demás. Pulsó Lev un resorte. La plataforma que les sostenía giró. Se abrió la puerta. Suavemente, los tres astronautas, con su indumentaria espacial, dotada de oxígeno, de sistemas de gravitación artificial y de ventosas adhesivas en calzado y guantes, salieron al mundo desconocido. A la luz de un nuevo ámbito solar...
Una luz que era azul. Intensa, increíblemente azul.

* * *

—Un mundo azul..., pero con un cielo gris pálido... —suspiró Lev—. Sorprendente...
—La atmósfera tiene una composición especial —señaló Ilonka, sombría. Señaló al inmenso disco que flotaba sobre ellos, tras unas brumas que, afortunadamente, reducían su cegadora luminosidad—. Y ese sol... es gigantesco.
—Y azul —musitó Alexis—. De un azul que nunca imaginé...
Contemplaron, como fascinados, aquel enorme globo azul en el espacio gris, neblinoso, turbio, como de polvo o brumas color pizarra suave. Sombras azules se extendieron desde sus pies pesadamente calzados, sobre el suelo liso, polvoriento, arenoso, de un matiz

curiosamente púrpura.
—Como Rigel o Centauro —musitó Ilonka—. Un sol azul... Es hermoso.
—Terriblemente hermoso —corroboró Lev, estremecido ante aquella visión insólita, remota posiblemente, en un sistema solar muy lejano del suyo propio. Muy distinto en colores, matices y contrastes. Examinó sobre sus ropas plásticas espaciales, de vivo color deslumbrante, el indicador de presión atmosférica, composición del éter y otros datos. Sorprendido, alzó la visera de su escáfandra cósmica, audazmente.
—Cuidado, Lev —avisó Alexis—. Es una temeridad...
—El aire es perfectamente respirable —sonrió Lev—. Oxígeno en óptima proporción. Ausencia de dióxido de carbono y otros tóxicos, y una densidad aproximadamente igual a la terrestre, con leves diferencias inapreciables. Condiciones de vida animal, humana y vegetal, perfectas. Evidencia de hidratos de carbono y de clorofila.
—En suma, el planeta ideal.
—Al menos, de primera impresión, y en lo que se refiere tan sólo a su atmósfera —rectificó, prudente. Lev—. Luego, veremos lo que nos reserva, Alex. Empecemos la exploración.
—El terreno es llano —indicó Ilonka, estudiando el panorama en tomo suyo—. Parece un desierto.
—Posiblemente lo sea —murmuró Lev—. De cualquier modo, no hay peligro por el agua. Tenemos suficiente reserva de cápsulas de hidratos para combatir la sed durante meses. Lo que me gustaría saber es dónde estamos.
—Si los indicadores de la computadora, así como el lector de ruta y de distancias, no se hubieran averiado... —Ilonka meneó la cabeza—. Puede que estemos en otra Galaxia que ni siquiera es la nuestra.
—Funcionando todo normalmente, eso no sería posible —comentó Alexis—. Nos faltaría tiempo para llegar a otra Galaxia. Pero algo falló a bordo. Los relojes se detuvieron; el tiempo se ha parado para nosotros. Puede ser casual, simple efecto magnético... o algo más extraño. Y entonces, al margen del tiempo..., ¿quién nos dice lo que pudo suceder?
—Al margen del tiempo... —repitió Lev, frunciendo el ceño—. Es curioso... Suena algo raro eso, después de haber leído tantas tonterías sobre la relatividad y sobre los conceptos que el hombre tiene de los factores que rodean su vida. Es posible que el tiempo sea, como dicen, un simple prejuicio humano, una invención del propio hombre para medir su paso por la vida. Es posible, también, que más allá de los límites explorados hasta ahora por nuestros camaradas del espacio, de cualquier nacionalidad o raza, las cosas no sean como son en nuestro propio Sistema Solar. Nosotros, ahora, tendríamos que

estar fuera del Sistema Solar, pero dentro de nuestra Galaxia. Eso es lo normal, lo razonable. Sólo que...
Dejó en el aire su frase. Siguió avanzando por la llanura púrpura, con sus compañeros detrás. Se encaminaban a un promontorio rojizo, suavemente ondulado, desde donde podían otear más amplios horizontes, a guisa de atalaya.
Lentamente, cada uno de ellos abrió su escafandra plástica espacial. Inspiraron el aire del planeta desconocido. Les resultó una atmósfera limpia, diáfana, con abundancia de oxígeno sin duda, hasta producir cierta sensación de euforia. Tenía un olor aromático, como a perfume a flores.
Alcanzaron el promontorio. Lev indicó a Alex:
—Sube tú. Nosotros esperaremos abajo. Tal vez no valga la pena subir todos, si todo es desierto. Entonces investigaríamos en otra dirección.
Asintió Alex, subiendo a la elevación rojiza. El suelo era blando, arenoso, y se deslizaba bajo las botas del astronauta. No le costó mucho trabajo, sin embargo, llegar arriba. Miró a la distancia.
—¡Cielos, venid! —se le oyó vocear, sobresaltado.
Se miraron Ilonka y Lev. Echaron a correr, ladera arriba. Pronto se reunieron con Alexis. Miraron a donde él señalaba, con el brazo extendido. No hacía falta eso. Hubieran mirado de todos modos. Valía la pena hacerlo.
—Dios... —jadeó Lev—. Es un auténtico vergel. El propio Edén...
—Nunca vi nada igual —musitó Ilonka—. ¡Qué colores...! ¡Qué luz...!
Todo estaba justificado. Aquello era un prodigio. Más que un bosque, era un auténtico delirio de espesura, de lianas, de árboles altísimos y esbeltos, de vegetación increíble, de suelo herboso y florido, de floresta lujuriosa.
El verde era luminoso, centelleante, embriagador. Y en él, como pinceladas de un artista imaginativo y fantástico, un derroche de colores luminosos, de tonos desconocidos para la retina humana, que eran pétalos, tallos y hojas de una flora inverosímil y delirante.
Además de todo eso, aquella jungla radiante poseía una luminiscencia propia. Los vegetales, sus tallos, sus hojas o ramas, despedían luz. Una claridad dorada, suave, que formaba como un nimbo de olor luminoso en todo el increíble paisaje.
Tal selva casi irreal se extendía durante millas y millas, en todo cuanto abarcaba el horizonte. Una enorme cumbre, una cima azulada, se erguía al fondo, como foro de aquel panorama digno de un cuento de hadas.
—El paraíso no podría ser mejor —musitó Alexis, extasiado—. Es un oasis sin fin, un mundo de color, de luz, de magia...
—Estaba pensando... —era Ilonka quien hablaba, en un murmullo.

—¿Qué pensabas? —indagó Lev, curioso, volviéndose a ella.
—Estaba pensando que..., que el propio Olimpo, la morada de los dioses, no sería tampoco más hermosa que todo esto...
—El Olimpo... —murmuró Lev—. ¿Por qué se te ha ocurrido esa idea?
—No sé. Me vino a la memoria... Es como una sinfonía pastoral, Lev. Una se puede imaginar en esos prados casi irreales a un dios Pan haciendo sonar su flauta, mientras persigue a las ninfas asustadas... Fue una simple idea...
—Es curioso. Pero yo pensaba lo mismo —musitó Lev, enarcando las cejas.
—La verdad es que también yo tuve la idea del Olimpo —rió Alexis—. Hasta llegué a..., a esperar que surgiera por cualquier lado un caballo alado, el mítico Pegaso, o cosa parecida...
—¡Mira! —aulló Lev, súbitamente, con un rostro contraído, dilatados sus ojos por el estupor y la incredulidad—. ¡Allí, sobre el bosque...!
Todos miraron en esa dirección, sorprendidos y alarmados. Ilonka pestañeó, sin creer lo que veía. Alexis lanzó una imprecación, dando instintivamente un paso atrás.
—¡Es él! —jadeó—. ¡Pegaso, el caballo con alas! ¡Vuela hacia nosotros...!

* * *

Era cierto.
Pegaso. El blanco y alado caballo de la mitología. Un ser imposible. Un animal que nunca existió.
Y estaba allí. Volando. Cabalgando por el cielo, con sus fantásticas alas blancas desplegadas, majestuoso en su inaudito galope etéreo...
—¡Pegaso! —masculló Lev—. No, no es posible... Soñamos, sin duda...
—¿Los tres? —dudó Ilonka, muy fija su mirada en el perfil arrogante del blanco caballo con alas que venía hacia ellos desde el edén de flores de ignorados colores.
Nadie respondió a su contundente pregunta. Lev y Alexis cambiaron una mirada vacilante. Luego, Lev oprimió, por pura rutina acaso, dentro de su estupor inmenso, —El Olimpo no existe —rechazó Lev, irritado-—. No existió nunca.
—El mito no puede hacerse realidad —convino también Ilonka, abstraída.
—Eso es realidad —lo señaló Alexis—. Existe. Viene hacia nosotros. Es un caballo con alas. ¿O no?
—Sí —admitió Lev—. Lo es.
Se podía percibir incluso el batir elástico de aquellas grandes alas blancas, extendidas en el cielo gris tenue, bajo el sol azul. El animal era majestuoso, arrogante, de esbelta y poderosa línea. Estaba ya

muy cerca. Pronto les sobrevolaría, como un ave impasible.
—Lo tenemos ya aquí... —musitó Alexis.
—Pudiera ser una imagen similar al mítico Pegaso —señaló Lev—. Pero podría ser peligroso, agresivo...
Alexis asintió. Ilonka varió su expresión de perplejidad y admiración en una de inquietud.
—Cierto —dijo—. No sabemos si en este planeta existen más caballos alados, como algo natural a este ambiente... y si esos caballos son dóciles como los de la Tierra... o auténticas fieras hostiles.
—Ni siquiera podemos estar seguros de que existan aquí seres humanos, criaturas de la especie humanoide —indicó Lev—. En cuyo caso, para ese caballo, o lo que sea, nosotros seríamos extraños. Y, por tanto, posibles enemigos suyos, en su instinto.
Al decir esto, desenfundó su arma más eficaz y agresiva: el tubo de rayos térmicos, que constituía parte del equipo espacial para el largo viaje a otros sistemas solares. Era un arma de apariencia simple y nada complicada. Sus cargas termoiónicas podían fundir con igual facilidad un cuerpo metálico, unas rocas... o un ser viviente de cualquier especie y naturaleza. Al menos, de lo conocido hasta entonces por los tres cosmonautas.
Apuntó al animal blanco, alado. Esperó, sereno.
—Cuidado —le avisó roncamente Alexis—. No nos precipitemos. Puede que sea inofensivo...
La sombra del alazán volador se proyecó ya sobre ellos.
—Pronto lo veremos —fue la sencilla respuesta de Lev.
El caballo blanco y alado descendió hacia ellos, piafando agudamente. Agitó sus patas en el aire, como una imaginativa creación de los artífices anónimos de Las mil y una noches. Descendió como una flecha. Su crin ondeaba al viento. Su boca se abría, su hocico mostraba las fosas dilatadas.
—¡Cuidado! —gritó Lev, arrojándose a tierra, preocupado, pero sin dejar de apuntar al animal alado.
Todos le imitaron. Las patas cocearon en el vacío, encima de ellos, sin tocarles. El cuerpo musculoso, elástico, blanco como la nieve, flotó sobre los tres un instante. ¡ Luego, blando, silencioso, posó sus cascos en la tierra roja. Plegó sus alas. Se quedó inmóvil, junto a ellos. Resoplando aún. Palpitantes sus músculos bajo la crin y la piel del color de la nieve pura.
—Mirad... —musitó Ilonka, admirada—. No nos atacó. Ni hizo cosa alguna agresiva. Parece como..., como si esperase que fuéramos a montarlo...
—Cabemos sobradamente los tres en ese caballo —dijo Alexis—. Al menos, es dos veces mayor que el más grande ejemplar equino que vi en la Tierra...

—Vamos —dijo abruptamente Lev, incorporándose—. Si es eso lo que espera de nosotros, ha de haber una razón concreta para ello. No importa la que sea. Vayamos adonde nos pueda conducir ese animal...
—¿Y... la nave? —musitó Ilonka, girando la cabeza hacia aquel único cuerpo pequeño, metálico, inmóvil en la llanura; lo único que les ligaba de alguna forma a la Tierra, a su mundo, sus gentes y su lugar en el espacio.
—Esta herméticamente cerrada. Está inmóvil ahora. Averiada. Puede esperar —Lev entornó sus acerados ojos, fijos en el mágico animal alado—. Es... es como si alguien nos hubiera enviado a este fabuloso caballo para conducirnos a alguna parte.
—¿Alguien? —dudó Alexis, mirando en derredor—. ¿Existe alguien en este mundo?
—Existen caballos alados, por el momento —replicó
Lev, seco—. Eso ya es mucho, para lo que podíamos esperar. Vamos, hay que decidirse. Montemos a Pegaso, o como se llame ese ser increíble. Puede que nos lleve a algún lugar insólito y revelador.
—O a la muerte, Lev —murmuró Alexis.
—La muerte es un accidente más en nuestro trabajo, Alex. Y cuando perdimos la ruta y nos extraviamos en el espacio, ya dejamos, prácticamente, de existir como tales seres humanos. De modo que no perdemos nada con el riesgo. ¿No te atreves acaso?
—Claro —sonrió Alexis—. No hay donde elegir, ¿verdad?
—Verdad —Lev miró a la distancia, al vergel luminoso del horizonte—. No hay donde elegir. Ese Edén parece esperamos. Y el animal con alas vino a nuestro encuentro. Dejemos que las cosas sucedan como tienen que suceder. Es lo mejor, Alex.
Los tres caminaron hacia el caballo. Ante su sorpresa, el animal se reclinó, para facilitarles el ascenso a su grupa. Perplejos, los tres se miraron. El caballo piafó de nuevo. Y después, remontó el vuelo. Con ellos tres encima.
El galope etéreo, con las alas desplegadas, les aproximó a la jungla multicolor.
Hasta que, súbitamente, el animal emitió un largo, agudo y doloroso relincho. Se agitó en el aire, aleteando desesperado.
—¡Mirad! —jadeó Alexis.
Lev e Ilonka habían visto ya lo que su compañero señalaba. La flecha, hundida profundamente en el cuello del animal, llegada de alguna parte. Roja sangre brotó de la herida, a borbotones, descendiendo luego en reguero copioso por el cuerpo níveo del majestuoso caballo blanco.
El fabuloso bruto alado se precipitó al abismo. Con sus tres jinetes de lejanos ámbitos siderales.

3

Sabían que era la muerte.
En un planeta de parecida gravitación, cayendo desde esa altura, no se podía sino morir, inevitablemente, estrellados contra el duro suelo púrpura, mucho antes de alcanzar la espesura selvática, cuajada de flores desconocidas.
Lev, Alexis e Ilonka, perdieron contacto con el lomo del animal herido, y voltearon en el vacío, descendiendo vertiginosamente hacia el choque fatal. Algo más allá, con relinchos de muerte, el Pegaso cósmico descendía también, derramando abundante sangre por el boquete de su herida, en la que asomaba el penacho negro de la larga, extraña y mortífera flecha, surgida sólo de Dios sabía dónde...
No podían hacer nada por evitar lo peor. Ni sus trajes espaciales ni sus escafandras podían impedir un impacto de muerte desde semejante altura.
Sus cuerpos envueltos en los plásticos de vivo colorido, diferentes entre sí, para distinguirse e identificarse incluso en la negrura eterna de los espacios siderales, voltearon hacia el suelo, al encuentro de su propio final. Los tres cosmonautas del Notck-10 no tenían la menor posibilidad favorable en aquella circunstancia trágica.
Iban a morir. Inmediatamente. Sólo confiaron en que esa muerte fuese breve, piadosa con ellos. Sin prolongadas agonías. Sin lesiones de lento proceso. Fue el instinto el que, inevitablemente, y pese a su poderoso control de si mismos, al dominio de sus nervios de acero, les hizo cerrar los ojos cuando iba a sobrevenir el choque. Luego...
Luego, no sucedió nada. Absolutamente nada. No hubo choque. No hubo impacto. No sintieron el dolor de sus cuerpos estrellándose mortalmente contra el suelo. No sintieron nada.
Flotaban. Seguro que flotaban en alguna parte. Lev abrió los ojos; Alexis e Ilonka Descubrieron entonces el nuevo prodigio. Lo inverosímil. Lo que, en buena lógica, no podía suceder. Sólo que había sucedido.
No estaban en el suelo. Se hallaban sobre una mano. Una mano.
Gigantesca, colosal. La mano de un cíclope, de un titán, de un gigante de dimensiones aterradoras. Una mano blanca, casi marmórea, en cuya palma, suavemente, aparecían posados ahora, entre los dedos ligeramente curvados, poderosos y enormes en proporción a su tamaño actual, de auténticos personajillos de cuento infantil, de seres como los que Gulliver pudo hallar en la mítica Liliput de Swift.
—No... —jadeó Lev, pálido, estupefacto—. No es posible...
Elevó su rostro, sorprendido, moviéndose como le era posible en aquella inmensa mano voladora, amable y piadosa para ellos.

Descubrió las guedejas al viento, el rostro ingente, majestuoso, como modelado en piedra viviente, de ensortijada barba, de ojos grandes y luminosos,
Un ser fabuloso. Un titán, un cíclope inconmensurable, mayor que un edificio terrestre, colosal como una montaña. Un ser que, a pesar de todo su volumen... volaba.
Volaba, majestuoso, flotando en el espacio gris de aquel mundo increíble. Envuelto su poderoso, macizo cuerpo musculoso, de perfecto y colosal humanoide, en telas como seda, éstas flotaban, como alas, impulsadas por el aire que hendía el coloso en su fantástico viaje sobre un suelo que ahora era puro verdor, salpicado del arco iris increíble de una flora sin precedentes.
Lev, atónito, descubrió que los ojos del gigante le contemplaban, azules y risueños, inmensos como lagos. Y que el rostro colosal, se distendía en una sonrisa afable, amistosa para ellos. Ilonka y Alexis se mostraban tan desconcertados como él mismo.
—¿Quién..., quién eres tú, que así puedes moverte por los cielos, como una simple ave? —-clamó Lev, con voz potente, que no era sino una vocecilla inapreciable, en medio del ulular del viento.
La carcajada del gigante, hermoso y temible, que les conducía en su mano, retumbó como un trueno ensordecedor, agitando la dorada hojarasca y la verde vegetación, los macizos de flores purpúreas y los arbustos azules de aquel mundo de magia pura. A su lado, la vocecilla de Lev, al repetir su pregunta, no era apenas nada:
—¡Dime, coloso! ¿Quién eres tú... y en qué mundo increíble nos encontramos?
Sin embargo, el gigante le oyó. Y su voz, atronadora, a la vez melosa y profunda, grave y persuasiva, hizo vibrar sus cuerpos en un escalofrío instintivo:
—Yo, criaturas de otros mundos... ¡yo soy Zeus, hijo de Cronos y Rea, dios de todos los dioses, amo y señor del Olimpo...!
Y su nueva carcajada se perdió en la distancia, entre . ecos remotos y profundos, que fueron a diluirse allá, más lejos de las montañas de cumbres azules.

* * *

—Zeus... Hijo de Cronos y Rea... ¡El Júpiter romano! No nos equivocamos, Alex. Aunque parezca un puro disparate..., estamos en el Olimpo, morada de dioses... Zeus nos salvó. Y Zeus reina en este lugar...
—Dios mío... —Alexis se enjugó el sudor del rostro—. Acabamos de recorrer el cielo a lomos de Pegaso, Zeus nos salvó de morir y nos tomó en su mano... ¡y aun no puedo creer nada de cuanto he visto, Lev!

—Es que es imposible que todo esto suceda. Pero está sucediendo — Lev miró en torno, con un suspiro. Señaló el paraje frondoso, paradisíaco, en el que ahora se encontraban, posado firmemente el pie en el blando, esponjoso terreno florido, tras haber desaparecido, como volatilizado en el propio aire, la efigie fantástica del dios Zeus.
—Lev, estamos ya en ese paraíso —dijo Ilonka, apoyándose en un árbol, perpleja todavía—. Si esto es el Olimpo, aquí todo es posible. Todo puede suceder. Pero me pregunto cómo pudimos salvar la barrera de lo conocido, de lo razonable..., para entrar en un mundo de dioses y mitos.
—Tal vez soñemos solamente —jadeó Alexis—. Y de pronto despertemos a bordo de nuestra nave...
—Lo he pensado —asintió Lev—. Sólo que no es cierto. Estamos despiertos. Bien despiertos, Alex. No soñamos. Esto sucede realmente.
—El Olimpo... —Alexis miró en torno, con un resoplido—. ¡Cielos! ¿Os imagináis, si tenemos que hacer un | informe de todo esto, a nuestro regreso a la Tierra?
—El regreso... —suspiró Lev—. ¿ Es esa posible ahora, Alex? ¿Podemos regresar alguna vez?
Los dioses todo lo pueden...
—Quizá no todo. Hemos traspasado una barrera dimensional. No cabe otra explicación para lo inexplicable. Nadie viaja al Olimpo en una nave cósmica. Carece de sentido. La tecnología no busca dioses, sino simples cuerpos celestes donde habitar. O de donde extraer algo valioso.
—Sea como sea. Lev..., vivamos este momento. Regresemos o no, pensemos dónde estamos. El prodigio que nos es dado ver. ¿Imaginas, Lev? ¿Imaginas tú, Ilonka? El Olimpo...
—Sí. El Olimpo... —musitó ella. Entornó sus ojos, casi soñadoramente —. Los dioses, los semidioses, las criaturas fantásticas... El sátiro Pan y su flauta, las ninfas perdidas en los bosques... Los héroes como Teseo, Hércules, Aquiles, Prometeo o Perseo...
De súbito, se detuvo. Una música suave, dulzona, a la vez melancólica y traviesa, brotó de alguna parte...
—Una flauta pastoril... —señaló agudamente Alexis, sorprendido.
—¡Pan! —jadeó Ilonka, irguiéndose preocupada—. El sátiro Pan...
Hubo una aguda risa. Algo brincó entre matorrales y árboles. Una figura increíble brotó ante ellos. Un ser monstruoso, ridículo y temible a la vez.
Mitad hombre, mitad cabra. Velludo, con patas de macho cabrío, con cuernos, con orejas puntiagudas; rostro rugoso, ojos pequeños y malignos, movimientos y saltos de animal, mirada libidinosa, que se fijó inmediatamente en ella. En Ilonka...

Esgrimía en una de sus manos una vulgar flauta pastoril, de la que arrancó algunas notas graciosas, saltarinas y casi lascivas. Empezó a bailotear en torno a Ilonka, que le miraba, aturdida, incrédula por completo.
—Pan... —susurró Lev, atónito—. ¡E1 propio dios Pan!
—¡Sí, sí! —rió él, agudo—. ¡Pan, hijo del picaro Hermes y la hermosa hija de Driops, el dios de los bosques! ¡Pan, el enamorado, Pan el alegre y divertido! Hermosa hija de otros cielos y de otros mundos, ven a mí. Pan es tuyo. Y tú serás de Pan...
—No, no... —horrorizada, Ilonka extendió sus brazos, rechazándole con vivo ademán, y corrió, para reunirse con sus camaradas.
Pan lo evitó. El sátiro cabrío se cruzó ante ella. Bailoteando siempre, impidió que se moviera. Era demasiado ágil y rápido para que ella pudiera escabullirse. Retrocedió hacia un árbol de grueso tronco, donde Pan la iba a acorralar inevitablemente.
—¡Deja a esa mujer! —aulló furioso Lev—. ¡Es nuestra compañera, y no te permitiremos satisfacer en ella tus perversos instintos lascivos!
Pan se limitó a reír, saltando más y más, acosando a Ilonka. Lev, rápido, fue hacia el diabólico genio malvado de los bosques del Olimpo. Tras él, Alexis se movió también, dominando su estupefacción.
—¡Ayudadme! —pidió Ilonka, preocupada—. Este endiablado no se deja engañar...
Lev fue sobre Pan, directamente, sin importarle en absoluto su divinidad maléfica. Cometió un error. Apenas puso sus manos nervudas sobre él, el sátiro se revolvió, disparando sus piernas en formidables coces. Lev fue proyectado contra unos matorrales. Alexis recibió un impacto de su cabeza con los cuernos de chivo del demoníaco ser lujurioso, y sintió rasgadas sus ropas espaciales, al tiempo que rodaba, con fuerte dolor, lejos del alcance de la infortunada Ilonka.
—¡Nadie puede enfrentarse a Pan! —rió el diablillo de los prados, bailoteando perversamente hacia Ilonka—. ¡Nadie vencerá jamás a Pan...! Ven, hermosa, ya eres mía...
Cayó sobre Ilonka. Ella dominaba las técnicas de la lucha como cualquier hombre. Para ser astronauta, masculino o femenino, el entrenamiento era duro, y la forma física fundamental.
Actuó sobre Pan que, sorprendido, viose lanzado contra los árboles, donde chocó violentamente, tras sufrir una llave de lucha de Ilonka. Furioso, resopló como lo haría una cabra montesa.
—¡Ah, maldita, si lo quieres así, así será! —aulló, lanzándose en pos de Ilonka.
La carrera de ella resultó inútil. Y también su esfuerzo por derribar otra vez a Pan. En esta ocasión, el sátiro no se dejó derribar. Bloqueó a la

joven, y la rodeó con sus velludos brazos, babeante su repulsiva boca, acercándose a ella más y más...
Lev, furioso, logró incorporarse, precipitándose hacia Pan. Esta vez, con su arma de cargas térmicas en la mano, dispuesto a terminar con la diabólica divinidad, contra toda ley olímpica y de los dioses mitológicos, para salvar a Ilonka de la peligrosa situación.
Ante su sorpresa, Pan se volvió hacia él con perversa mirada. Hizo un ademán con una de sus manos. Y tanto él como Alexis quedaron inmóviles, petrificados en medio del vergel policromo del Olimpo. Incapaces de moverse, de actuar, de salir de su pétrea y súbita paralización.
—¡Nadie puede ofender a los dioses pretendiendo destruir a las criaturas del Olimpo, morada divina de los superiores! —gritó jubiloso Pan, riendo ante la inmovilidad de las dos terrenas figuras. Luego, cayó sobre Ilonka, definitivamente, con jadeantes palabras de placer —: Y nadie, nadie aquí impedirá que una nueva y hermosa ninfa sea la amada del apasionado Pan...
Ella cerró los ojos, asqueada y llena de horror, vencida en los brazos nervudos y poderosos de aquel salvaje ser ninfomaníaco. Sintió su aliento, el roce de su baba. Y creyó morir de náusea...
—¡Alguien puede impedirlo, Pan! —gritó una voz joven y poderosa— ¡Yo, Teseo, vencedor del Minotauro, hijo del rey Egeo de Atenas, y de la hermosa Etra, princesa de Trezena!
Ilonka, que iba de asombro en asombro, abrió sus ojos, viendo al hermoso, atlético y mítico héroe ateniense, el propio Teseo que siguiera el hilo de Ariadna hasta acabar con el Minotauro, surgir de entre la espesura, como increíble paladín de ella y de su causa.

* * *

—¡Aparta, Teseo, este no es asunto tuyo! —rugió Pan, lívido de ira—. ¡Ni tú eres un dios para enfrentarte al gran Pan de los bosques!
—¡Soy héroe de Atenas, hijo de reyes y preferido de dioses! —clamó el alto, rubio y hermoso Teseo, hinchando sus músculos de titán—. ¡Y nadie, en mi presencia, humillará a una mujer! ¡Además, Pan, eres solamente un libidinoso y sucio genio, un demonio de la naturaleza, ante cuyos excesos los dioses se estremecen, asqueados! ¡Ellos están junto a Teseo, porque una mujer hermosa siempre merece la defensa de su honor! ¡Fuera, Pan, antes de que mis puños te destrocen, como destrozaron al Minotauro!
Y Pan tuvo miedo de aquellos fabulosos puños. Pan tuvo miedo de Teseo el héroe ateniense. Y escapó, por el tupido bosque con un alarido de rabia, despidiendo chispas de las piedras sus patas de macho cabrío...
Al ocurrir esto, Teseo se acercó a Ilonka. La tomó gentilmente por una

mano. Fascinada, la astronauta contempló al ser que nunca hubiera imaginado con vida, erguido ante ella, convertido en su paladín personal.
—¿Te encuentras bien, hermosa mujer? —preguntó él.
—Teseo... —susurró Ilonka, demudada—. El propio Teseo en persona... ¿Es esto posible?
—Has llegado a la morada de los dioses, aún no sé cómo, mujer —sonrió Teseo—. Y en ella no debías sufrir la humillación del deseo malvado de Pan. Yo te protejo. Nada ternas.
—Nada puede temer una mujer junto a un hombre como Teseo, pero... —miró a Lev y Alexis, todavía inmóviles, petrificados en el bosque—. Pero ellos... son mis amigos...
—Entiendo —Teseo contempló a ambos—. Pan hizo de las suyas...
—¿Quién podría liberarles ahora de ese encantamiento, o lo que sea?
—Yo —sonrió el héroe. Miró a Ilonka, curioso—, ¿Amas a esos hombres?
—Pues... sí. En cierto modo, sí. Les quiero, Teseo. Son mis camaradas.
—Aprecias a los dos. ¿Amas a alguno de ellos?
—No... —dudó, humedeciendo sus labios. Bajó los ojos, algo azorada —. No, no creo...
—Está bien —Teseo se acercó a ellos—. Serán libres de todo encantamiento ahora mismo.
Bastó tocarlos. Lev y Alexis despertaron. Se movieron. Mirándose, perplejos. Luego, contemplaron al rabio héroe de Atenas.
—El es Teseo y... —comenzó Ilonka.
—Oímos y vimos todo —cortó Lev—, Sólo que no podíamos movemos, pero podíamos captarlo todo. Teseo... Todo esto resulta enloquecedor, Ilonka.
—Jamás imaginé convertirme en parte de la Mitología griega —musitó Alexis, aturdido—. Dios mío, es como soñar algo que nunca puede ser verdad...
—Pero es verdad —sonrió Lev—, Aquí tenemos al propio Teseo, como antes tuvimos a Pan, a Zeus, a Pegaso... Me pregunto qué nuevas sorpresas nos pueden esperar en este mundo de dioses, de prodigios, de imposibles...
—De todos modos, gracias, Teseo —Alexis miró fijamente al héroe—. Todos te estamos muy reconocidos por lo que hiciste en nuestro favor. Sobre todo, por ella, Ilonka.
Teseo se limitó a sonreír abiertamente. Se encogió de hombros. Su poderosa, atlética figura, se movió con elasticidad por la espesura florida de aquel vergel.
—Es posible que nos veamos de nuevo, amigos —dijo, como un saludo—. Ahora, dispensad mi ausencia. Seguid adelante. Sabed que

toda gente de paz es bien recibida en este mundo... Los dioses siempre protegen a quien no trae consigo ideas de destrucción, de odio y de maldad para con otros seres vivientes. Bien venidos, amigos... Bien venidos...

Agitó su brazo. Se perdió en la jungla. Ilonka miraba hacia allí, como fascinada.

—¡Qué hermoso ser Teseo! —musitó—. Ni siquiera parece humano... Es demasiado perfecto para ello...

—Dioses, semidioses y héroes... —Lev se encogió de hombros, pensativo—. Al parecer, poca es la diferencia entre unos y otros, aquí, en el Olimpo. Ellos son la perfección, el poder y la fuerza...

Los tres astronautas se miraron en silencio, ya solos en aquel paraje idílico y sobrenatural, nimbados por la tibia luz dorada. Echaron a andar lentamente, en dirección opuesta a la seguida por Teseo.

Súbitamente, ante ellos, surgió un templo.

Era un bellísimo lugar de mármol rosado, con columnas múltiples, acaso centenares de ellas, formando soporte a una radiante cúpula de color dorado intenso, en la que se reflejaba el sol azul del Olimpo.

—Mirad... —susurró Alexis—. Letras griegas. Se lee fácilmente, aunque es lenguaje antiguo, propio de Homero...

—¿Qué dicen? —indagó Ilonka—. Mis conocimientos de griego no son muy amplios...

Lev lo leyó, al acercarse a la inscripción, en un bajorrelieve, al pie de las columnas rosadas:

> *«Aquí dentro reposa el Vellocino de Oro que los héroes Orfeo, Cástor, Pólux y Jasón, alcanzaron en Cólquida. El Vellocino de Oro que Fryxo sacrificó en honor de Zeus, es para aquel que pase por aquí y ambicione riquezas. Puede llevarlo libremente, aunque luego le reportará infortunios a él y a otras personas. Pero será rico y poderoso. Si sigue adelante y desprecia la posesión del Vellocino dorado, no alcanzará la fácil fortuna, pero los dioses le harán partícipe de su simpatía y protección. A él y a los suyos.»*

—El Vellocino de Oro y los Argonautas... —recordó Ilonka, estremecida—. ¿Qué valdría en la Tierra semejante pieza de museo?

—No tendría precio —suspiró Lev. Meneó la cabeza, pensativo—. Pero nunca fui ambicioso.

—Tampoco yo —convino Alexis—. Vinimos a estos mundos movidos por el afán de saber, por amor a la Ciencia y a la Técnica, no por amor al oro. Por mi parte, renuncio gustoso, aun sin merecer protección de los dioses, Lev.

—Conforme —sonrió éste—. No me seduce el oro. ¿Y tú, Ilonka? Eres mujer y...

—Me gustará verlo, en alguna ocasión. Por lo que significó en la Mitología. Pero eso es todo. No. No deseo esa piel de oro. Y menos al precio de infortunios para mí y otros. No hemos venido a buscar oro ni fortuna, Lev.
—Sigamos adelante, entonces —suspiró Lev—. Lo que interesa es encontrar gentes que no sean dioses ni semidioses. Me gustaría que hubiera personas normales, un pueblo, una gente con quien dialogar... Me temo que el Olimpo no es el lugar más ideal para tres técnicos como nosotros. Pero ya que estamos aquí, sigamos explorando. En busca de algo más importante para el hombre que un simple Vellocino de Oro...
Se movieron hacia delante. De súbito, a sus pies brotó un resplandor. Cegados, cerraron sus ojos. Una nube de humo rojo les envolvió. Sintieron que perdían la noción de las cosas.
Pretendieron luchar, manotearon en medio de aquel espeso gas escarlata que se enroscaba en torno a ellos como una viva sierpe de vapor. Terminaron cayendo, con un ahogado estertor. La lujuriosa y esponjosa hierba del Olimpo, les acogió blandamente.
No supieron nada más.
Hasta que despertaron de nuevo.

* * *

Fue un increíble despertar.
Lev se incorporó. Sacudió la cabeza, aturdido. Se frotó los ojos. Luego, las sienes. Logró sentarse. Mirar a su alrededor. Aunque no creía nada de cuanto veía.
—No puede ser... -—musitó—. ¿Sueño ahora... o soñé antes?
La cámara en que se encontraba, no tenía nada de extraña. Era increíble. No podía estar allí. No ahora.
—Es..., es mí habitación. Mi propia habitación, en mi casa. ¡He vuelto a casa!
Saltó despavorido del lecho. Abandonó la blanda, esponjosa superficie donde yacía, y que, ciertamente, no era la verde y exuberante hierba del Olimpo, sino... el rojo tapizado de su cama flotante, allá en la Tierra, en su país, en su ciudad natal...
Se inclinó, estremecido, sobre la ventana abierta. Descubrió el panorama familiar. Los cercanos edificios de la
Ciudad de los Astronautas, el Cosmodromo, allá al fondo, con los Urales como fondo azulado,.,
—No, no... —jadeó roncamente—. ¡Yo salí de viaje en el Notch-10! ¡Yo alcancé otro mundo, con Alexis y con Ilonka! Un mundo que era... el Olimpo.
Una idea delirante cruzó su mente aturdida, desorientada.
—¿Me..., me habrán devuelto los dioses a la Tierra? —musitó,

estupefacto.
Le pareció tan absurdo eso como todo lo demás. Se preguntó sí habría soñado, y esto era el despertar, como dijo Alexis.
—Alexis... —jadeó—. El puede aclarármelo, no hay duda...
Se precipitó sobre el visófono, en su mesa. Pulsó las teclas numeradas, marcando el número del apartamento de Alexis, en la Ciudad de los Astronautas. Esperó. En vano. El visófono no marcó nada.
Vacilante, indeciso, se encaminó al calendario mural. Recordaba la fecha en que salieron de la Tierra. La iba a comprobar ahora. Miró el calendario automático. Pegó un respingo.
—¡Cielos! —aulló—. ¡Está en blanco! ¡No tiene fecha!
Era cierto. El calendario no tenía fecha alguna. Ni día de la semana. Y el reloj, en el muro... estaba parado.
Recordó algo. Relojes parados... Sacudió la cabeza, frenético. Alzó su muñeca, miró su cronómetro.
—¡No pude soñarlo! —masculló—. ¡Todo sucedió, todo fue real! ¿Qué está sucediendo aquí?
Aferrándose la cabeza entre las manos, volvió a la ventana, contemplando el exterior. Se mesó sus claros, rubios cabellos, con aire abstraído. Dejó vagar la mirada por los edificios, los jardines familiares, las estructuras lejanas de las torres de lanzamiento y las pistas de descenso de las astronaves.
—Imposible... —musitó—. Imposible... ¿Dónde está Alexis? ¿Dónde Ilonka?
—¿Hablas de nosotros. Lev?
La voz le llegó a sus espaldas. Se volvió, sobresaltado. Quedóse mirando, aturdido, a la pareja. Acababan de entrar en su apartamento.
—¡Alex! —masculló con alivio—. ¡Ilonka! ¡Hemos vuelto! ¡Estamos otra vez en la Tierra! ¡Decidme que no he soñado, que no ha sido todo una alucinación!
—No, Lev —suspiró Alexis—. Yo pensé lo mismo al despertar. Yo también creí que nada de eso había sucedido... Pero me encontré con Ilonka..., y ella me confirmó mis temores, como tú ahora confirmas los tuyos. Salimos en nuestra nave, Lev. Nos perdimos en el espacio, llegamos a un planeta desconocido que resultó ser el Olimpo... Pegaso, Zeus, Pan, Teseo, el Vellocino... Todo fue cierto, Lev.
—Pero..., ¡pero es imposible que hayamos regresado, Alex! —jadeó el astronauta.
—Estamos de acuerdo. Sólo que... aquí estamos. En la Tierra, Lev.
—No —dijo una voz de repente—No están en la Tierra...

—No —repitió la voz—. No están ustedes en su mundo. Esto no es la Tierra.
Se volvieron los tres. Quedáronse mirando, perplejos, al ser que había hablado.
—Nunca le vi antes de ahora... —balbuceó Alexis—. Viste como el coronel Zardovich, pero...
—Pero no es Zardovich. Ni Lenov. Ni Andreiv —dijo suavemente Lev —. Sencillamente, es un desconocido. Un patriarca medieval, con el uniforme militar de nuestros propios superiores, Alex.
—Exacto —convino Ilonka—. Eso diría yo que es.
El patriarca estaba majestuosamente en pie, frente a ellos. Erguido, solemne, serio, lleno de arrogancia. Y de autoridad. Pero su uniforme de las Fuerzas Armadas de la URSS, le sentaba tan bien como a un apóstol un arma nuclear. Su melena larga, blanca, sedosa, casi interminable; su barba frondosa y lacia, su rostro rugoso, patriarcal, de suaves ojos azules, grandes y nobles, no encajaba mucho con el moderno uniforme de las Milicias Espaciales del Este, adscritas a la Unión Mundial de la Conquista Cósmica.
—Pero él ha dicho... que esto no es la Tierra —Alexis señaló al anciano venerable—. O él está loco... o lo estamos nosotros, Lev.
—Yo diría que lo está él —sonrió tristemente Lev—.
Es obvio que volvimos a casa. Que éste es mi apartamento, que tú despertaste en el tuyo, como Ilonka en el suyo. Y que allá afuera es visible la Ciudad de los Astronautas, el Gran Cosmodromo, los Urales al fondo... Si. Yo diría que él, ese anciano patriarca, está loco, Alex. Pero... no me atrevo a decirlo.
—¿Por qué? —pestañeó Alexis—. El no puede decir la verdad...
—¿Quién la dice, entonces? ¿Estuvimos perdidos en el espacio? ¿Estuvimos en el Olimpo? ¿Hemos regresado? ¿Cómo sucedió todo, entonces?
—No..., no entiendo... —Alexis sacudió la cabeza, indeciso—. Si él pudiera contárnoslo todo...
Y era evidente que se referían al extraño personaje; al militar con aire patriarcal.
Este sonreía plácidamente. Siguió sonriendo, al recibir la mirada de los tres. Y movió la cabeza, en sentido afirmativo.
—Sí —admitió, sereno, lleno de calma—. Puedo contárselo. Todo. Incluso... lo del Olimpo,
—El Olimpo... —Lev se puso rígido. Le miró, tenso—. ¿Usted... sabe eso?
—¿Saberlo? —el anciano soltó una suave carcajada—. Más que eso, hijo mío. Yo les hice entrar a ustedes en el Olimpo.
-¿Qué?
—Y también salir de él. Después de la prueba del Vellocino de Oro. Y

les hice regresar... a su mundo —señaló en torno con un ademán majestuoso. Luego, rió apagadamente, sacudiendo su blanca, noble cabeza—. Es decir, a la perfecta, o casi perfecta, imitación de su mundo.
—Es evidente que está loco —musitó Alexis—, Acaso nos han recluido con otros enfermos, afectados de algún mal adquirido en el espacio...
—¿Loco? —el anciano rió con su modo amable, sin estridencias. Agitó una mano larga, huesuda, ampulosa—. Oh no, no, muchacho. No estoy loco. Desconozco ese mal que vosotros llamáis locura, pero me hago perfecto cargo de lo que significa y... No. Rotundamente no. Estoy en mi sano juicio. Igual que todos vosotros.
—Usted ha dicho que no estamos en la Tierra —dijo Alexis, sarcástico. Fue a la ventana, señalando al familiar exterior—. ¿Y eso... qué es? ¿Otro planeta, acaso?
Y soltó una carcajada estruendosa y brusca, llena de sarcasmo.
—Exacto —suspiró el patriarca—. Es otro planeta.
Alexis detuvo su risa a medias. Se quedó mirándole incrédulo y despectivo. Ilonka se habla acercado a Lev. Instintivamente, puso su mano en el brazo del compañero. Lev la miró. Oprimió esa mano. Y dijo con voz grave, serena, pausada, muy pausada:
—Espera, Alex. Creo que hay algo extraño aquí —respiró hondo. Caminó unos pasos hacia el desconocido—. Ese hombre no está loco. No lo parece.
—Gracias —dijo con humildad el anciano—. Creo que usted ha entendido...
—Sí. He entendido —Lev se detuvo a pocos pasos de él. Sin desviar sus ojos de las pupilas ardientes del hombre—, Usted acaba de afirmar... que esto no es la Tierra»
—Eso dije desde un principio —musitó humildemente el patriarca.
—Es... otro mundo. Otro planeta. —Sí.
Alexis iba a decir algo. Lev le detuvo con un gesto brusco.
—Espera -pidió—-. Siga, quienquiera que usted sea.
—Soy un amigo, aunque no lo crea» Perdone si les engañé antes. Y les sigo engañando.
—¿Cuál es su engaño?
—Todo.
—¿Todo?
—Sí. El caballo alado, Zeus, los dioses, el paraíso del Olimpo, el Vellocino de Oro... Todo fue mentira. No existió sino en sus mentes.
—¡Eso no puede ser! —rechazó Alexis—. ¡Vivimos cada momento de este viaje!
—Porque así les parecía a ustedes —sonrió el anciano—. ¿Qué diferencia puede existir entre algo que sucede y algo que uno cree

que está sucediendo, y ve con su mente?
—Posiblemente ninguna —admitió Lev—. Pero esto de ahora... Mi apartamento, la Ciudad de los Astronautas, el Cosmodromo, los Urales, mi país, mi mundo... —Todo es mentira —dijo humildemente el anciano. Se inclinó—. Les ruego me perdonen por el engaño. Era necesario.
—¿Necesario? ¿Por qué?
—El shock de sus mentes, habituadas a una forma de vida, a unos modos, a unas gentes y unas imágenes concretas... Alterar todo eso de repente era peligroso. Podían enloquecer, desequilibrarse... Era preciso crear algo ficticio, un símil, una copia de cuanto les es familiar...
—Pero usted no podía saber... —comenzó Ilonka.
—¿Lo que les era familiar? —sonrió el hombre de la blanca cabellera —. Por favor, no hable así. Sus mentes son libros abiertos para nosotros. Leímos en ellas desde que llegaron al planeta. Les fuimos siguiendo, estudiando... Por su mente entendimos su lengua, sus creencias, sus proyectos, sus recuerdos... Uno de ustedes pensó en paraísos, en mitologías... Yo traté de traducir eso a mi lenguaje. No entendí al principio. Era algo extraño eso de sus dioses...
—No son nuestros dioses —replicó Alex, acremente—. Son Mitología. Viejas leyendas...
—Luego lo entendí. Pero al principio, pensé que serian felices alcanzando la morada de esos dioses. Y fue creado un Olimpio para ustedes. Se imaginó algo que no existía, pero que sus mentes veían en su dimensión real. Como hubiera sido, de existir todo eso que capté en la mente de uno de ustedes...
—Yo tuve la culpa —suspiró Lev—. Pensé en el Olimpo, en la Mitología... Pero ahora hablamos de otra cosa: esto no es el Olimpo, sino nuestro mundo, nuestro país, nuestro hogar. ¿Cómo pudo imitar eso?
—Sus mentes lo pedían. Ansiaban el regreso, a pesar de su afán de descubrimientos, de exploraciones, de ir siempre más allá... —el anciano movió la cabeza—. Creo que ustedes pertenecen a una raza que sueña, sobre todo, con el eterno regreso al hogar.
—Sí, es posible. Pero yo palpo esto —Lev tocó los muebles, los objetos—. Es mi apartamento en la Ciudad de los Astronautas. Estoy viviendo un paisaje familiar, unas cosas entrañables... ¿Estoy imaginando todo ello?
—En cierto modo, sí. Pero no del todo —sonrió el patriarca—. Me he limitado a hacer como hice en su aventura en el Olimpo: crear algo tangible y real para ustedes.
—¿Crear?
—Eso dije. Crear algo que estaba eñ sus mentes. Reproducir, en la

realidad, lo que ustedes imaginaban y pensaban. No es difícil.
—Cielos... —boqueó Lev—. No irá a decirme que pueden ustedes...
—Venga —pidió suavemente el patriarca—. Les mostraré la máquina de lo imaginado. Entonces entenderán...

* * *

—La máquina de lo imaginado...
—Sí. Esta es.
Lev la contempló, abstraído. A su lado, Ilonka era también una muda observadora. Aunque a regañadientes, y lleno de escepticismo, Alexis era el tercer testigo de la insólita experiencia.
No parecía excesivamente complicada. Un mural repleto de pantallas curvas, un tablero de teclas, resortes y pulsadores... Unos asientos, unos hombres rapados, de cráneos lustrosos, de indumentarias frígidas, de un verde lívido, de manos enguantadas, alineados frente a esos mandos...
Un funcionamiento constante, un teclear interior, un desfile continuado de células electrónicas, de luz parpadeante, de cambiante color, detrás de altos paneles de vidrio. Y caracteres, cifras y signos indescifrables para ellos, surgiendo de largas cintas plásticas, como metal viviente, brotando de las ranuras de la gran máquina.
—¿Cibernética? —indagó Lev.
—Así lo llamarán ustedes —se encogió de hombros el anciano—. Yo le diría ultracibernética. Una ciencia electrónica al servicio de la mente del ser inteligente. Capaz de reproducir en forma física puros y simples pensamientos.
—¿Así leyeron nuestros pensamientos?
—Eso es. La máquina lo hizo. Y la máquina reprodujo cuanto le pedimos.
—¿Incluso la Ciudad de los Astronautas y nuestro paisaje terrestre? —gimió Alex.
—Incluso eso —sonrió el patriarca—. Lo que no podemos hacer, es devolverles a su mundo. Sólo que vean nuestro mundo como ustedes quisieran verlo. Es todo lo que está en nuestra mano hacer.
—Es un engaño, lo admito —musitó Lev—. Pero en cierto modo compasivo...
—Es algo más que eso. En el fondo, probamos a nuestros visitantes.
—¿Probar? ¿En qué sentido?
—Estudiamos sus reacciones, sabemos si son honestos, si merecen ser respetados... o deben morir inmediatamente.
—Vaya... ¿Eso hicieron con nosotros también? —silbó Alexis.
—Eso hicimos, sí. El Vellocino era la prueba definitiva para su codicia. Este planeta tiene minerales que en su mundo valdrían millones. Queríamos conocer su índice de ambición y de honradez. Resultó la

prueba. Por eso viven. De otro modo, jamás habrían despertado.
—Vaya, al menos es sincero...
—Sí. Mucho. La sinceridad es fundamental en mi pueblo —sonrió el hombre de larga melena blanca—. Es hermoso ser sincero, creánme. Ustedes lo son. Además, parecen nobles y dignos. Vinieron a investigar, no a conquistar o destruir. Leí eso en sus mentes. La máquina lo hizo.
—¿Por qué fingir, entonces, nuestros apartamentos y nuestra vida en la Tierra? —quiso saber Lev.
—Para habituarles a una vida normal. Su impacto ante nuestras formas, colores y modo de vida seria demasiado brusco.
—Un momento —cortó Lev, con una idea súbita en su mente—. En ese caso, usted mismo..., todos ustedes... ¿son como realmente les estamos viendo ahora? En suma..., ¿son humanos?
La respuesta llegó. Sencilla y directa. Alucinante en su propia simplicidad:
—No —musitó el anciano—. No somos humanos.

* * *

—No son humanos...
—Ya lo oíste, Alex. No son humanos. Ni siquiera sabemos cuál pueda ser su aspecto físico. Posiblemente tan horrible, tan diferente al nuestro, que nos causaría horror y les creeríamos monstruos. Sin pensar que nosotros podríamos parecerles a ellos algo así también, de no ser porque su nivel intelectual es muy superior al nuestro.
—No humanos... —Ilonka movió la cabeza, angustiada—. ¿Cómo serán, Lev?
—No lo sé. Ni deseo saberlo tampoco —se estremeció Lev—. Me basta con verles como pretenden ellos ser ante nuestros ojos. Tal vez otra cosa sería demasiado fuerte para nuestro concepto de las formas vivientes...
—Pero Lev, es monstruoso —se quejó Alexis—. Todo falso. El Olimpo, la Tierra..,
—No es tan monstruoso —rechazó Ilonka, pensativa—. Trataron de entendernos y probarnos primero, dando forma a pensamientos captados a distancia en nuestras mentes... Luego, dando por hecho que somos personas dignas de sobrevivir, nos han adaptado cuanto nos rodea a lo que nosotros entendemos por normal.
—Estoy de acuerdo, Ilonka —Lev paseó por la estancia hecha a su estilo, como la que él añoraba, aquella situada en la lejana Ciudad de los Astronautas, del remoto planeta Tierra. Se detuvo frente al calendario mural, automático. Lo señaló. Tenía una fecha ya; la de su reloj- calendario—. Cuando vi ese calendario, falto de fecha, y esos relojes sin hora, debí entender. Para esta gente, el tiempo es un

concepto poco claro. No lo entienden como nosotros. Quizá ni siquiera lo miden. Y por ello no supieron reproducir fechas ni horas. Era la única diferencia aquí. Y debió ser reveladora para mí. Esto que nos rodea es artificioso, lo admito. Pero nos hace sentir como en casa. Eso ya es algo.

—Eso es muy poco, Lev —se quejó Alexis—. ¿Qué podremos hacer aquí, sin posibilidad de regreso a la Tierra?

—No lo sé —suspiró Lev—. Sólo sé lo que sabéis vosotros. Que ese anciano nos tiene como invitados suyos. Somos huéspedes en su planeta. Y eso ya es algo. Parece ser que otros viajeros del espacio, procedentes de planetas diferentes, fueron eliminados, porque traían intenciones agresivas, destructoras o ambiciosas. Nosotros estamos a salvo por el momento. Debemos conformarnos, Alex. Y saber lo que el patriarca piensa hacer con nosotros en el futuro.

—Tal vez nos lo diga en la cena que nos ha ofrecido para esta noche en sus propias dependencias —le recordó Ilonka, esperanzada.

—Sí. Tal vez...

Lev contempló, fascinado, aquel falso paisaje creado como por mágicas, ignoradas artes de una electrónica casi inconcebible, frente a sus propios ojos, más allá de la ventana. El paisaje de un planeta lejano. Un simple espejismo de partículas electromagnéticas, que cobraron forma, color y dimensión gracias a la increíble máquina de lo imaginado que poseían los habitantes no humanos de aquel planeta.

Nadie hubiera dicho que aquel rojo sol poniente, aquella vista de los Urales, aquellos perfiles del Cosmodromo, aquellas familiares edificaciones y jardines de la Ciudad de los Astronautas, bajo el cielo azul del planeta Tierra, fuesen simple obra de una simple máquina, de una ciencia nueva y fantástica, capaz de captar los pensamientos y los recuerdos humanos, darles forma, y reproducirlos con absoluta fidelidad ante los ojos de los seres analizados fríamente por el colosal computador del planeta misterioso.

La máquina de lo imaginado...

Eso centraba todos los pensamientos de Lev ahora. Todas sus preocupaciones.

aún se sintió más preocupada cuando, aquella misma noche —-la fría, extraña, gélida y transparente noche azul del planeta desconocido—, la voz del patriarca le informó, durante la cena de recepción en su residencia:

-—Solamente ustedes tuvieron el privilegio de ver la máquina de lo imaginado. Nadie más pudo verla antes. Ningún extraño a nuestra raza y nuestro pueblo. Y el que pretendiera verla..., sería exterminado. Inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque solamente así se puede evitar el gran peligro.

Que ellas lleguen hasta la máquina, se apoderen de ella... y nos destruyan, —¿Ellas? —Si. Las brujas.

5

Las brujas.
El patriarca de larga melena blanca, habla hablado de ellas. Las brujas...
Lev no entendió en principio. Levantó la cabeza y miró a su anfitrión, el majestuoso anciano que, poco antes, le había dicho llamarse Oresza.
Oresza había sido concreto en ese punto:
—Si ellas llegan hasta la máquina, se apoderarían de la misma. Y nos destruirían.
Ellas, eran las brujas. Lev no esperaba oír hablar de brujas, en un mundo tan avanzado en lo científico. Pero tampoco había esperado hallar un auténtico palacio suntuoso, como morada del patriarca. Ni una mesa dispuesta con un festín digno de un rey terrestre. Y así era ahora.
Aunque todo ello fuese imaginado por la máquina, no había duda de que los manjares, en su totalidad, tenían sabor, aroma y apetitosa calidad. Los vinos y frutos, también. Y todo era digno del más exigente gourmet del planeta Tierra.
Ahora, durante esa cena de gala en un salón rosado, esplendoroso e increíblemente bello, Oresza había mencionado a las brujas. Y Lev se sentía demasiado intrigado por ello para ser prudente sobre la cuestión.
—Las brujas... —repitió él—. ¿Existen, Oresza?
—Sí —afirmó él—. Existen. Son crueles. Y hermosas. No conocen la piedad.
—Supongo que usted menciona términos aplicados a nuestro propio lenguaje, y ese de las brujas, es solamente una posible versión de su concepto de las cosas, adaptado a nuestra propia manera de expresarnos.
—En cierto modo, así es —Oresza contempló a Lev, con aire grave—. Usted no es ningún tonto, a lo que veo.
—No creo que ningún astronauta terrestre pueda ser tonto. Nos eligen tras una serie de pruebas de aptitud, exámenes y controles personales. Los necios no tienen cabida en este trabajo. Los débiles, tampoco. Ser inteligente y ser fuerte, no es un mérito, cuando se logra ir al espacio: es una necesidad.
—Lo entiendo. Vienen de muy lejos, ¿verdad? —sonrió beatíficamente el patriarca Oresza.
—Ni siquiera sé eso. ¿Puede usted responder acaso a nuestras dudas

y preguntas?
—Lo intentaré, cuando menos —dijo el hombre de venerable apariencia—. Después de esta cena. Y de la fiesta que daré en su honor.
—¿Fiesta?
—Sí. Danzas, música, luz... Todo lo que Mox puede ofrecerles.
—¿Mox? ¿Es el planeta?
—Eso es. Mox, planeta decimoctavo de la Galaxia M- 42, en su lenguaje. Pertenece al sistema solar Xen. Y Xen, naturalmente, es nuestro sol azul, una estrella inmensa, de formidable magnitud. Hablo siempre conforme a su lenguaje, amigo mío. Traduzco, eso es todo.
—Ya. Y conforme a esa traducción..., ¿qué sol, qué estrella es Xen... en nuestro propio lenguaje?
El patriarca meditó. Parecía aunar ideas, captar conceptos, unir nombres. Y finalmente lo explicó con sencillez:
—Sí. Ustedes llaman a nuestro sol... Rigel Y a nuestra Constelación, Orion...

* * *

—Rigel. Orion. ¿Entienden todos eso?
—Claro, Lev —admitió Alexis, impresionado—. Entiendo aún lo que son mil seiscientos veinticinco años luz de distancia...
—Mil seiscientos veinticinco años, recorriendo trescientos mil kilómetros por segundo —suspiró Ilonka—. Esa es la distancia Tierra-Rigel, exactamente...
—Casi exactamente —admitió ahora Lev, aturdido—. Y hemos llegado... en sólo unas pocas fechas. En unas semanas de vuelo espacial, a bordo de la nave Notch-10.
—Teóricamente, sería posible saltando la barrera del tiempo —musitó Alexis—. Prácticamente, con nuestros combustibles actuales, aún siendo iónicos..., no puede ser.
—Oresza no se equivocó. Dijo Orion. Y Rigel. Su color y magnitud coinciden. Su luminosidad, también. Rigel es el sol de este sistema solar. Si buscamos en su cielo, de noche, a Betelgeuse y ala Gran Nebulosa, seguro que lo encontraremos todo.
Miró al exterior. Era de noche. Había una luz lívida en el cielo sombrío. Y satélites. Muchos satélites naturales. Lev contó hasta once lunas, rotando en tomo al planeta, a diferentes distancias y órbitas.
Ilonka meditaba junto a ellos. Parecía profundamente abstraída en algo. Alexis se exaltó, como siempre:
—Yo sigo pensando que es imposible todo, Lev.
—No, no tanto. Es improbable, pero no imposible. Ha sucedido. Creo que cuando nuestros relojes se detuvieron, saltamos la barrera del tiempo. Ahora, estamos aquí. En un lugar situado a distancias

inverosímiles de nuestro propio ambiente. No podemos dudar que haya sucedido así. Esta gente parece dominar muchas cosas, pero no tiene noción del tiempo, aunque tengan día y noche, luz y sombra.
—Lev, ¿qué va a suceder ahora? —gimió Alexis—, ¿Cómo volver a nuestro mundo?
—El problema no está ya en volver, Alex —dijo gravemente su compañero—. Creo que todos nos conformaremos con... sobrevivir.
Y terminó de apurar su copa de licor púrpura, dulzón y ligeramente excitante, de la copa de metal precioso, de extraño color, quizá mil veces más valioso que el oro o el platino. Al volverse, vio regresar a Oresza, con su andar pausado y su aire ceremonioso.
—Disculpen mi ausencia —dijo con parsimonia—. Tenía cosas por resolver. Este mundo nuestro se rige por sistemas de gobierno muy especiales. Yo soy su patriarca en todo. Nunca me dejan descansar por completo. Debo resolver los mil y un problemas que mi pueblo me produce. Por eso, tras la cena, les rogué me esperasen aquí, en tanto se disponía todo para su fiesta. La fiesta de su bienvenida, si hemos de ser exactos.
—Fiesta de bienvenida... —musitó Alexis—. ¿Cuándo será de despedida, Oresza?
Le miró amargamente el patriarca. Sonrió, con cierta ironía.
—Uno sabe a veces cuándo y por qué llega a un sitio —sentenció—. Casi siempre, ignora cuándo y cómo saldrá de allí.
—¿Eso quiere decir que nos retendrán como prisioneros aquí, indefinidamente?
—Calla, Alex —le cortó Lev, irritado—. Me recuerdas a un personaje de un viejo libro que leí de niño... Se llamaba Horizontes perdidos[1]. Aquí, no somos prisioneros. Sencillamente, no podemos volver. Ni creo que Oresza, pese a su poder, sea capaz de enviarnos de regreso a la Tierra.
—Cierto —convino el anciano—. No puedo. No está en mi mano hacerlo. No soy un dios, sino solamente un rector de mi pueblo. Interpreto sus deseos. Les ayudo a ellos. Trato de ayudarles ahora a ustedes también. Es todo lo que puedo hacer.
—Lo entiendo bien, Oresza —habló Lev, solemne—. Disculpe a mi amigo. Es joven e impaciente. Desea regresar a su mundo. No ha reflexionado aún sobre algo fundamental: lo importante, es seguir con vida. Lo demás, es secundario.
—Lev, yo pienso como ciudadano de la Tierra —protestó Alexis.
—Y yo, como ciudadano de mi país —le replicó Lev, incisivo—. Y como científico, entregaste tu vida a la ciencia. Morir en el espacio, era un riesgo simple. Morir en un planeta cualquiera, un riesgo fascinante incluso. Estás en un planeta, alejado casi mil setecientos años luz de tu mundo. Y sigues vivo. ¿Qué más pides por el

momento?
—Si al menos entendiera algo... —jadeó Alexis. Señaló, acusador, a Oresza—. Pero ellos, Lev..., ¿cómo son ellos realmente? ¿Son humanos como parecen? ¿Son monstruos?
—La apariencia importa poco en el Universo, mi querido amigo —dijo tristemente Oresza, el patriarca—. Lo realmente fundamental es lo que se lleva dentro. Si ustedes viesen nuestra real apariencia, acaso enloquecerían de horror. Es mejor que nos vean así, como se supone que seríamos, caso de vivir en su mundo. En suma, si fuéramos humanos. Ya le confesé anteriormente que no lo somos.
—Dios mío, pero ¿es que este mundo no tiene huma- noides? —gritó Alexis—. Su temperatura, su clima, su atmósfera, su densidad, su gravitación, son ideales para tal cosa. ¿Aun así... no hay criaturas humanas en Mox?
—Sí —suspiró Oresza—. Las hay.
—¿Quiénes?
—Precisamente sólo tres seres aquí... Las brujas, amigo mío...

* * *

La danza había comenzado.
Era singular aquella música, surgida de sólo Dios sabía dónde, flotando en el ambiente como algo tan irreal, tan fantástico, tan melodioso y dulzón cual la propia flauta pastoril del dios Pan, en el imposible Olimpo recorrido por los astronautas.
Música cadenciosa, dulzona, primaria y elemental, pero a la vez rica en matices, en sonoridades y en armonías casi desconocidas. A sus acordes, ellos danzaban...
Ellos...
Lev, fumando con calma aquel cigarrillo, uno de los que conservaba celosamente, de su equipo de astronauta, les examinaba, curioso, intrigado, haciéndose la tremenda, I la gran pregunta de todos, él y Alexis, lo mismo que Ilonka, tenían sin duda en sus labios, en su mente, en sus ideas de todo momento:
—¿Cómo serán ellos? ¿Cuál será su forma física real, su auténtica estructura?
—Viéndoles, se diría que vivían una imposible escena . medieval, en un palacio rosado y fulgurante, suntuoso y lleno de luminosidad. Un lugar que, acaso, era tan irreal, tan fingido, como el propio Olimpo y sus dioses. Y en la amplia sala, entre columnatas, ventanales y corredores, entre tapices suntuosos y lámparas de intensa luz rosada, procedente de incógnitas fuentes de energía, bajo altas bóvedas decoradas como cualquier lujoso ámbito renacentista, hombres y mujeres danzaban, a los acordes de aquella sinfonía.
Hombres y mujeres...

Parecía ridículo pensar en ello, a pesar de verlos allí, como en una pastoral inefable y terrena. Como algo imposible. Como algo que, sin duda, no existía.
Hombres... Mujeres..., ¿o qué cosa?
SI. Parecían ser lo que eran. Hombres altos* arrogantes, jóvenes, bien vestidos, con túnicas de vivo colorido, con sobrias atavíos. Rubios, morenos, incluso pelirrojos. Altos o pequeños, fornidos o débiles. Como todos los hombres del mundo. De un mundo llamado Tierra, cuando menos.
Y mujeres. Mujeres rubias, oscuras, de rojo cabello. También igual que todas las que Lev, Ilonka y Alexis podían conocer o haber conocido. Bailaban todos. Danzaban ingenuamente. Pero había algo de ficticio, de inexplicable en aquella danza.
Era como si todo aquello no existiera. Y, tal vez, no existía.
Las palabras de Oresza bailotearon en el recuerdo vivido de Lev:
—«No somos humanos...»
Aquellos seres que veían ante sí, los que danzaban, los que formaban la corte de invitados de Oresza, el patriarca, eran humanos. Al menos, parecían humanos. Lev recordó. Aquel palacio parecía del Renacimiento. El Olimpo pareció ser auténtico también. Y sus apartamentos en la Ciudad de los Astronautas. Y el Cosmodromo. Y el paisaje familiar, con los Urales al fondo...
Nada existía tal como parecía ser. Era obra del ingenio inaudito: la máquina de la imaginación. Todo lo imaginado, hecho realidad. Cada cosa, con la forma, color y aspecto que uno deseaba que tuviese. ¿Una forma de felicidad? Acaso. Pero una forma ficticia, un colosal engaño a los sentidos.
—¿Preocupado?
Alzó la cabeza. Miró la mano nervuda y vieja de Oresza, fija en su hombro, engaritada en él. Sonrió, encogiéndose de hombros.
—Un poco —admitió.
—Sé lo que le tortura —Oresza se sentó a su lado, entre flotantes pliegues de su amplia túnica roja—. Quisiera saber cómo es lo que le rodea, exactamente. —Sí.
—Y conocernos en nuestra justa apariencia real. —Sí.
—¿Cree que vale la pena? —sonrió tristemente el patriarca.
—La verdad siempre me gustó. Aunque fuese fea.
—No se trata de eso. Este ambiente es el suyo. Estos imaginan que es una fiesta. Y lo es para ustedes. El día que la mente sea dominada por la fantasía, todo el mundo será hermoso.
—Pero irreal.
—¿Sirve de algo ser realistas, ver las cosas como son?
—Tal vez no. El hombre se decepciona. Pero no vive engañado.
—¿Cree estar preparado para ver mi forma real, mi horrendo aspecto

físico? Y el de todo esto que les rodea, está claro...
—Posiblemente no lo esté —convino Lev—. Pero lo soportaría.
—Lo dudo.
—¿Tan horribles son?
—Para nosotros, no. Quizá todo ser viviente nace y se adapta a su propio mundo, porque así lo quiso su Creador. Ustedes serían monstruos para nuestro concepto de la belleza, si no fuese porque estamos habituados a ver las brujas, y conocemos su apariencia...
—Eso me intriga —Lev se inclinó hacia el patriarca—. ¿Las brujas son humanas? ¿Eso dijo usted antes? ¿Totalmente humanas, como nosotros mismos?
—Como Ilonka, su amiga —sonrió el anciano—. Pero perversas. Terriblemente perversas. Y dueñas de mil embrujos, encantamientos y medios mágicos... Mujeres hermosas. Humanoides, en suma.
—¿Nacieron en este mismo planeta?
—Nadie lo sabe. Hay quien dice que son las supervivientes de una superraza. Otros, aseguran que llegaron de otros mundos lejanos, como vosotros lo hicisteis.
—¿Y la versión auténtica...?
—Nadie la sabe. Es posible que nunca se sepa. Pero ellas son más fuertes que nosotros. Infinitamente más fuertes...
De repente, Ilonka lanzó una exclamación. Señaló, con estupor, hacia un punto.
—¡Mira, Lev! —gritó—. ¡Teseo otra vez!
Lev miró en esa dirección. Cierto. El joven rubio y atlético, el salvador de Ilonka frente a Pan, el presunto héroe ateniense que venció al Minotauro, según los juglares de la Mitología helénica, estaba allí. Danzando con una hermosa muchacha que, a juzgar por su encanto físico y su belleza ingrávida, podía ser la propia Ariadna, antes de ser abandonada por el ingrato héroe, en una isla desértica. Cuando Ariadna era su hermosa y dócil amante...
Oresza, el patriarca, rió de buena gana, al ver la mirada de Ilonka y su dirección hacia los danzarines.
—Oh, no —dijo de buen humor—. No es Teseo. Nunca lo fue, pero le ha gustado el papel que la máquina de lo imaginado le hizo interpretar en el falso Olimpo... El no es Teseo, el ingrato. El no es el hombre a quien Fedra engañó, haciendo morir a su hijo Hipólito. El es solamente... Zarek.
—Y… ¿quién es Zarek? —quiso saber Ilonka, curiosa, enarcando sus cejas.
—El enamorado de Nubla. Nubla es quien baila con él, la hermosa joven del largo cabello, negro como las noches oscuras del planeta Mox, cuando no lucen sus astros nocturnos. Ellos son los jóvenes a quienes más quiero en mi dominio.

—Y siguen pareciendo humanos..., aunque su aspecto real quizá me asustaría —dijo Ilonka, con un estremecimiento.
—Sí, así es —convino Oresza—. Les pedí que siguieran pareciendo humanos. Les gustó el aspecto de vuestros hombres y mujeres, de vuestros dioses y diosas. Y ahí los tenéis aún...
Lev miró irónico a Ilonka. Comentó, con aire festivo:
—No me dirás que te enamoraste del hermoso y bravo Teseo..., sólo por salvarte del sátiro Pan..., en el mundo de lo imaginario.
—Lev, quizá amaría a ese joven... si supiera que él es realmente como parece —suspiró ella—. Pero tu comentario no tiene gracia, Lev.
—Perdona —sonrió el astronauta—. No pretendí ofenderte...
—Olviden esas tonterías —habló con ceremonioso acento el patriarca —. Hija mía, nunca te sería posible amar a ese falso Teseo. No es como imaginas, aunque a él le guste su apariencia y la conserve... sólo ante tus ojos y los de tus amigos. Si ahora, de repente, por algún terrible azar, la máquina de lo imaginado se alterase... nos veríais a todos en nuestra exacta estructura y apariencia. Y vuestra reacción no sería en absoluto la misma, amigos míos. Es más; sentiríais horror y asco hacia nosotros, pese a nuestra voluntad de ser amigos, incluso hermanos, si ello fuera posible,..
Quizá Oresza, el patriarca, nunca debió decir eso. Quizá de no haberlo hecho, todo hubiera sido igual.
Pero lo cierto es que sus palabras fueron proféticas. Terriblemente proféticas. Como un presentimiento.
Sucedió.
Sucedió justamente lo que él decía.
De repente, todo cambió. Luz, formas, ambiente. Todo.
Hubo como una repentina deformación de imágenes. Una distorsión fantástica e increíble. La radiante luminosidad se extinguió. Todo cobró un tinte lívido, purpúreo y triste. El salón renacentista se hizo lóbrego ámbito medieval, de pesados sillares de piedra, grandes bloques y columnas.
en medio de todo ello... aquella gente. Aquellos seres, aparentemente humanos. Que ya no ofrecían nada de humano.
Ilonka, con un grito ronco, dilató sus ojos y se desvaneció. Lev llegó a tiempo de recogerla en sus brazos. Le miró, aturdido, Alexis, sin creer lo que sus ojos contemplaban.
—¡Cielos, no! —gritó Alexis, horrorizado—. ¡No es posible...!
La voz del patriarca, sonó todavía en sus oídos, llegando de aquello que ahora tenían ante sí, y que en nada recordaba al venerable anciano de largos cabellos blancos:
—Es posible, amigos míos... Ahora ya sabéis la verdad. Y, lo que es peor... Temo que alguien se ha apoderado de la máquina de lo imaginado... y ha interceptado sus circuitos... definitivamente. Es

posible que ese alguien... sean las brujas. Sólo ellas pudieron hacer algo así. Estamos perdidos. Es nuestro fin... y el de vosotros tres...
Luego, súbitamente, se hizo la oscuridad total. Y el silencio total.
Lev y Alexis, se sintieron sumergidos en ello, como si mutismo y sombras fuesen una misma espesa y absorbente materia.

6

La pesadilla resultó larga, interminable.
Por interminables corredores en sombras huían pequeños seres informes, auténticas formas creadas por la imaginación de un alcohólico en pleno delirium tremens; cuerpos escamosos, brillantes, con apariencia de ratas cubiertas de una piel de pescado o de reptil, huidizas y horribles, despidiendo un vaho viscoso, dejando tras de sí un reguero maloliente y pegajoso de una materia que despedían sus extrañas patas. Los rostros eran chatos y deformes, horriblemente feos; de ojos dilatados, de boca plana y rugosa, de piel dura y cubierta de surcos. Sus colmillos babeaban.
Aquellos monstruos pequeños, no mayores que un crío de dos o tres años, escapaban veloces por los senderos en sombras, pero siempre surgía algo que les atacaba y destruía. Unas veces eran trallazos de luz lívida, color verde, que les carbonizaba o hacía revolcar, en espasmos agónicos. Otras veces, eran singulares masas luminosas, como agrupaciones de globos, de raros corpúsculos ovoides, de tono fosforescente, amarillento, las que se hacinaban ante los fugitivos y, con atroz voracidad, absorbían aquellos cuerpos repulsivos, haciéndolos reventar, para engullirlos luego, sin dejar rastro.
Lev soñó todo eso, agitándose y revolviéndose por aquella especie de lóbregas y malolientes cloacas, evadiéndose de los chispazos verdes de luz y de las masas luminiscentes de globos ovoides y voraces.
Duró un largo espacio de tiempo. E incluso cuando despertó, rodeado de cadáveres, de residuos de cuerpos infectos y repulsivos, de malolientes olores, y también de curiosos y expectantes corpúsculos ovoides, flotando en el aire, frente a él, creyó que el sueño continuaba.
—Lev, Lev, por el amor de Dios -—musitó roncamente Alexis—. ¿Te encuentras bien?
—Imagino que sí... —jadeó Lev, recuperándose lenta, angustiosamente de su profundo y alucinado sopor. Se irguió, sobresaltado—. ¿Dónde..., dónde estoy ahora?
—Me temo que en la oscuridad, Lev. Como todos...
Trató de escudriñar en torno. Era inútil. Todo oscuro, todo sombrío, todo convertido en pura tiniebla. Un mundo tétrico y sin formas. También sin ruidos.
—Soñé..., soñé con ratas escamosas, de horrible faz achatada, de

ojos redondos y fauces babeantes... —jadeó.
—Sí, Lev. Pero no era un sueño —sonó la voz de Alexis—. Yo también las vi.
—¿Tú? ¿En sueños?
—Y en la realidad, Lev... No son exactamente ratas, sino... saurios. Anfibios. Mitad roedores, mitad reptiles. Escamosos y horrendos... Son... son ellos. Oresza y los otros. Ese es su aspecto real. Muy inteligentes..., pero horribles. ¿Entiendes ahora?
—No, no —se quejó Lev—. ¡Fue un sueño, Alex, sólo un sueño!
—Es lo que tú crees —suspiró su amigo—. Desengáñate de una vez por todas, amigo mío. No es lo que crees. No soñaste todo eso. Sólo una parte, como yo. Y como Ilonka.
—Ilonka... ¿Dónde está ella? —gimió Lev.
—Aquí —sonó, susurrante, la voz de ella—. Muy cerca, Lev. No temas nada. Seguimos unidos los tres. Alex tiene razón. Todos soñamos lo mismo. No fue sueño, sino realidad. ¿Recuerdas, Lev? Yo me desvanecí. Vi a... a todos ellos. Eran mitad ratas, mitad reptiles... ¡No sé, pero eran atrozmente repulsivos! ¡Se movían entre babas...!
—Eran inteligentes, sin embargo. Poseían la máquina de lo imaginado, hablaban con serenidad y sabiduría, Ilonka... Parecían humanos, porque querían parecerlo en nuestro honor, ¿entiendes eso?
—Claro, Lev —tartamudeó la voz de ella en la oscuridad, trémula de lágrimas—. Pero murieron. Murieron todos. Perseguidos por algo que les aniquilaba... Ahora, estamos en la auténtica dimensión de su vida: la oscuridad. ¿Te das cuenta Lev? Creo que..., que eran ciegos, y pretendían disimularlo ante nosotros. Por eso daban tanta importancia a todo lo de la mente...
—Veían con sus cerebros —musitó Lev—. Y seres así han sido exterminados... Pero ¿por qué? ¿Por quién?
—Oresza lo dijo, ¿recuerdas, Lev? Las brujas...
—Las brujas... —se estremeció Lev—. ¡Las humanoides de este planeta!
—Lo peor de él, en suma... —se quejó Alexis, exasperado.
—Sí, hombres de otro mundo —dijo una dulcísima y radiante voz femenina—. Nosotros somos las brujas.
Y una luz deslumbrante cegó a todos, obligándoles a cerrar sus ojos, cuando se rompieron bruscamente las tinieblas.

* * *

Lev fue el primero en combatir aquella luminosidad rabiosa, que se estrellaba contra su rostro y sus pupilas, como un trallazo de claridad cegadora.
Cubriéndose a medias con la mano, miró a las sombras

repentinamente quebradas en un estallido de luz.
Las vio a ellas. A las tres. Y supo que Oresza tampoco había mentido en eso.
Eran humanas. Hermosas. Y crueles. Seguramente despiadadas. Implacables.
—Eres fuerte —dijo una de ellas, con su voz melosa, casi musical—. ¿Resistes ya nuestra luz?
—No del todo. Pero puedo veros. Sois las brujas... Oresza no mintió...
—Oresza nunca ha mentido —convino una de ellas—. La mentira nunca fue su fuerte. Dijo la verdad. ¿Qué te dijo de nosotras?
—Que erais hermosas.
—Acertó.
—Y crueles.
—Acertó.
—No sabéis lo que es la piedad.
—No. No lo sabemos. Nunca perdonamos a nadie.
—¿Quién eres tú, la que hablas?
—Gala, La mayor.
—Yo soy Olwa —dijo una.
—Y yo Aurea —remachó la tercera—. Gala es nuestra reina. La que manda sobre todos. Y ahora, también sobre el planeta Mox.
—Gala, Olwa y Aurea... —repitió Lev, perplejo—. Las brujas de Mox... Hermosas y feroces. ¿De dónde vinisteis vosotras, que sois humanas, como nosotros mismos?
—De lejanos lugares donde viven seres como nosotros. Pero no de vuestro mismo planeta —Gala avanzó hacia Lev—Nos podemos entender a través de los circuitos mentales de los traductores de la máquina de lo imaginado, que ahora poseemos ya para siempre, hombre de la Tierra. Vuestros pensamientos son clara lectura para nuestras mentes.
Lev no respondió. Contemplaba, absorto, la rara belleza de aquellas tres mujeres increíbles. De dorada, áurea melena la que decía llamarse, precisamente, Aurea. De cabellos negros como la misma noche, al igual que sus ojos, la pálida y espectral belleza de Olwa. Platinada, escultural, increíblemente hermosa, Gala. Con fascinantes ojos color púrpura, como jamás viera antes Lev. Con tez de alabastro, con rasgos de diosa. Virginalmente desnuda, como sus compañeras. Envuelta en raros tules flotantes, como jirones de niebla azul. Con salpicaduras de luz, con destellos de cuerpos luminosos, en sus formas prominentes, de lascivas estatuas clásicas, dignas del arte mismo de Fidias. O el de Pigmalión en Creta...
Esas eran las brujas. Flotando en la luminosidad, frente a él. En aquel mundo de sombras fantásticas que era ahora el imperio aniquilado del infeliz Oresza, el patriarca.

Detrás de ellas, aquellas formas ovoides, aquellos globos flotantes, luminiscentes, de rara palpitación, como si fueran hacinamientos de seres vivos, en el aire. Seres sin otra forma que su oval envoltura luminosa...
—Y..., y eso... ¿qué es, qué significa? —preguntó Lev, señalándolos —. ¿Qué son?
—Son... lo huraks —sonrió Gala.
—¿Huraks? —Lev frunció el ceño—. ¿Qué significa tal cosa?
—Huraks... Habitantes de otro cuerpo celeste... Parásitos del asteroide Kraag, que gira en torno a Mox...
—¿Seres... vivos? —se estremeció Lev.
—E inteligentes —rió Gala—. A medida, claro. Pero pueden ser gobernados, controlados. Absorben a los habitantes de Mox. Los devoran.
—Cielos, no... Entonces Oresza, los demás...
—Todos devorados —dijo Gala—. Todos, extranjero. Son seres inferiores que no merecen vivir.
—¡Son inteligentes, son nobles, son buenos...! —protestó furiosamente Lev.
—Son inferiores —Gala se expresó despectiva—. El fuerte nunca es noble ni bueno. Le basta con ser inteligente. Y ellos no lo eran mucho. No lo suficiente.
—¡Crearon la máquina de lo imaginado!
—Que ahora es nuestra —Gala se mostraba altanera, arrogante. Su cuerpo lujurioso se agitaba en la luminosidad circundante—. Terminaremos en un momento con su imperio, apenas alcanzamos la máquina. Todo era ficticio. Pretendían ser como los demás, creaban mundos de fantasía, ambientes irreales... La máquina, para ellos, era como un juego.
—Y para vosotras tres... ¿qué podrá ser, en el futuro? —gimió Lev.
—Para nosotras, algo más que un juego, extranjero —prometió Gala, ya tari cerca de él que Lev percibió no sólo la proximidad de su luz radiante en torno, sino incluso el aroma salvaje y sensual de su piel, de su cuerpo todo—. Mucho más que un juego... Para nosotras tres, será el arma para conquistar todo el planeta Mox. El fin de la raza de los seres que habéis conocido. La victoria sobre todo el sistema solar de Xen. Y eso, sólo será el principio. El terror de los pueblos inteligentes y civilizados, ante los horrores que les presentemos con la máquina de lo imaginado, no tendrá límites... Se entregarán a nosotras sin protestar, sin defenderse...
—¿Ese es vuestro maldito plan?
—Sí, extranjero, ése es —Gala le miró, arrogante, desafiadora—. Y estás a tiempo de elegir.
—Elegir... ¿qué?

—Tu muerte, junto a tus amigos. Tu muerte con esa mujer y ese hombre. O tu vida.
—Creí que nunca perdonabais...
—Y así es —sonrió Gala—. Pero tú... me gustas. Me gustas, extranjero. Me atraes. Elige. Te concedo ese único don. Elige. O morir los tres..., o morir ellos dos. Y tú quedarte a mi lado. Y ser, conmigo, el amo y señor de toda esta Galaxia...

* * *

—No —negó rotundo Lev—. No acepto. Hubo un largo, profundo silencio. Gala miró a Olwa y a Aurea. Parecían perplejas las tres brujas. Finalmente, Gala se volvió excitada, furiosa, hacia el astronauta. —¿Estás loco? —musitó—. ¿Sabes lo que has dicho?
—Si —sonrió él—, Dije... no.
—Nadie ha despreciado jamás a Gala la Bruja.
—No te desprecio. Simplemente, te respondo con una negativa.
—Te ofrezco la vida. Una vida segura y triunfal, junto a mí. No puedes rechazarla. Con eso te condenarías fatalmente.
—Aun así, la rechazo. Gala.
—Es la muerte, ¿lo entiendes?
—Lo entiendo.
—La muerte junto a tus camaradas. La muerte segura para todos.
—Eso has dicho, sí.
Gala contrajo su hermoso rostro. El cuerpo turgente vibró. Una extraña y fría ira se apoderaba de ella. Era evidente que nunca, antes de ahora, fracasaron sus encantos y sus promesas»
—Y aun así... tu respuesta sigue siendo no —musitó.
—Así es, Gala.
—¿Tan repulsiva te parezco?
—Posiblemente más de lo que crees. No es tu hermosura aparente lo que cuenta, sino tu interior belleza, tú misma, por lo que tú eres. Y para mí, solamente simbolizas el mal. Moriré con mis compañeros. No me importa morir.
—¡Todo ser viviente teme la muerte!
—Yo, no.
—¿Eres diferente a los demás?
—Ni siquiera eso —dijo Lev con sencillez—. No conduce a nada discutirlo, Gala. Puedes sacrificarme, si vas a sacrificarles también a ellos.
—El hombre de otros mundos es arrogante —dijo Olwa.
—Y valeroso —remachó Aurea.
Las tres brujas le admiraron en silencio. Gala destilaba odio en sus ojos, en su voz.
—Muy bien —susurró. Su maligna mirada se posó ahora en Ilonka—,

Creo entenderte. Tú amas ya a otra persona.
—Es posible —admitió Lev, cuyos ojos se fijaron también en Ilonka. Y la joven astronauta, su compañera de peripecias espaciales, inclinó su mirada, con turbación—. Sí, es muy posible, Gala. Cuando se ama a alguien, no importa morir a su lado. Es más, eso resulta incluso más bello que salvar la vida a costa de perder la del ser amado... Si tú supieras, Gala, lo que es el verdadero amor, entenderías eso. Pero dudo mucho de que jamás llegues a comprenderlo realmente...
—Sí, creo que lo comprendo mejor de lo que crees —los ojos destellaron, perversos, fijos en Ilonka. Su mirada recorrió con malignidad infinita la figura hermosa de la muchacha del Notch-10— Y por ello mismo sé cómo haceros sufrir más a ambos!
Lev se estremeció. Su expresión agresiva enfrentóse a la de Gala, la hermosa platinada de ojos púrpura.
—No puedes quitarnos más que la vida, entiéndelo. Tus amenazas de nada servirían.
—La vida, sí... —una sonrisa.cruel, gozosa, animó los carnosos labios sensuales de la bella hechicera—. Pero con torturas, hombre de otros mundos. Torturas a esa mujer a la que amas. Torturas que te harán sufrir a ti espantosamente, torturándote también hasta la agonía... ¡Esa será mi venganza ante tu desprecio! ¡Esa es la forma en que Gala entiende las cosas y se toma su propia revancha!
—Eres malvada e indigna —silabeó Lev, despectivo—. Nunca estaría a tu lado, por nada del mundo. Nunca admirarla esa supuesta belleza que crees tener., porque debajo de esa bonita máscara no hay sino perversidad.
Gala lanzó un agudo grito. Señaló, furiosa, a Ilonka. Instintivamente, ésta se encogió junto a Lev, como asustada.
—¡Llevadla, hermanas! —voceó a sus compañeras de brujería—. ¡Llevadla adonde espere el sacrificio a los Poderes del Mal y de la Magia de las Tinieblas! Y a ellos dos, conducidlos también a otro lugar, donde esperen impacientes, sin saber lo que le sucede, entretanto, a ella. ¡Ese será el principio de tu tortura, hombre de otros mundos!
Lev quiso resistir, luchar, defender a Ilonka de aquellas perversas mujeres. Tarea inútil. Nadie podía nada contra las fuerzas de la oscuridad, contra los poderes de la brujería de aquellas mujeres fantásticas, llegadas acaso de un planeta de brujos y hechiceros malignos.
Sintióse rodeado por sierpes vivas que se enroscaban viscosas en sus brazos y cuerpo, sujetándole y oprimiéndole... mintióse oprimido por aquellas formas repugnantes, dotadas de vida propia, como ligaduras malditas, surgidas de la propia oscuridad. La luminiscencia se extinguió, y con ella las tres brujas del planeta Mox.

En la oscuridad envolvente, oyó gritar de forma aguda a Ilonka. Su grito se alejó, se perdió en una insondable distancia.
—¡Ilonka! —aulló frenético, exasperado, haciendo titánicos esfuerzos por salir de su inmovilidad, sin lograrlo—. ¡Ilonka...!
—¡Lev, Lev...! —se fue extinguiendo en la lejanía la voz patética y estremecida de ella.
Luego, se hizo el silencio. No captó ya ni la risa triunfal de Gala ni el jadeo asustado de Alexis.
La oscuridad era silenciosa en torno suyo, como una masa sólida y apelmazante que todo lo envolviera. La sentía fríamente adherida a su cuerpo, tan viscosa y repugnante como aquellos cuerpos de víboras que le servían de ligaduras vivientes.
Y supo que había perdido a Ilonka para siempre.
Supo que ahora, en aquellas tinieblas, sólo podía esperar la muerte. Y sufrir esperándola. Sufrir, cuando menos, por Ilonka.

7

Las tinieblas cobraron forma. Y luz. Y color.
Un color lívido, rojizo y distante. Lev miró en torno suyo, parpadeando.
Estaba en una cámara o celda de amplias dimensiones, de muros lisos y oscuros, de altísimo techo con rejas. Era como un gran foso del que no sería posible salir. Arriba, en alguna parte, habría estrellas y cielo descubierto. Pero no allí.
La luz de color cárdeno llegaba de algún punto ignorado. Era suficiente para ver en la penumbra, pero no demasiado. Se distinguía a sí mismo, captaba los perfiles del torvo lugar. Y eso era todo.
Estaba solo. Sin Alexis. Y, desde luego, sin Ilonka.
—Solo —musitó. Inclinó la cabeza—. Tal vez ellos murieron ya...
Y su voz retumbó con profundos, graves ecos siniestros, en aquel recinto abominable. Paseó por él, abstraído, confuso. Preguntándose qué clase de muerte administraban las brajas. Y qué torturas sufriría Ilonka, entretanto...
El viejo Oresza tuvo razón. La victoria de las hechiceras era la muerte del planeta. Y de sus seres vivientes. Ellas tenían ahora el poder de la máquina en sus manos. Y eso las hacía dueñas de cuanto deseaban. Dueñas del mundo aquel. Dueñas de toda clase de seres vivientes en su superficie...
Con la ayuda de aquellos horrendos corpúsculos flotantes, los huraks, habían dominado el planeta. Y éste, ahora, estaba muerto. Indescriptiblemente muerto, sumido en la oscuridad y en el silencio...
Lev respiró hondo, angustiado. Hubiera querido tener fuerzas, ser un titán, poder evadirse. Pero todo resultaba inútil. De allí jamás saldría vivo. Ni libre.

Sacudió la cabeza, con pesimismo. No se preocupaba por él, sino por Alexis, por Ilonka. El había sido el responsable de la expedición cósmica. Era el jefe. Y no había podido hacer nada por su gente. Ni siquiera por la muchacha de quien, insensiblemente, se había enamorado en aquel viaje intergaláctico.
Sólo podía esperar la decisión final de Gala respecto a sí mismo. Y morir dignamente, lejos de su gente, de su mundo, de su origen. Perdido en una Galaxia remota, la M-42. Orion. Un planeta bajo el sol azul de RigeL.
De repente, se irguió, sorprendido. Miró a lo alto. Su corazón le dio un vuelco.
—¡Ilonka! —susurró.
Ella se llevó una mano a los labios. Le pidió silencio.
Luego, comenzó a descender.
Era Ilonka. Y estaba libre. Había aparecido tras los barrotes. Había movido éstos, dejando paso franco al fondo del enorme pozo convertido en celda para Lev. Ahora descendía, utilizando unos salientes en la roca plana de los muros.
—¡Ilonka...! —musitó Lev, sin dar crédito a sus sentidos—. ¡No, no es posible...!
Ella sonrió desde el muro, cada vez más próxima. Con su sonrisa dulce y serena a la vez. Sus grandes ojos rasgados le contemplaron tierna y afectuosamente. El cuerpo esbelto y bien formado de la muchacha, con su atavío espacial, se movía ágilmente en su descenso.
—No grites, no hables —musitó cuando estuvo lo bastante cerca para ser oída—. No digas nada ahora, Lev. Todo irá bien...
—Pero Ilonka, ¿cómo pudiste...?
—Te explicaré —se llevó un dedo a los labios, imperiosa, y miró arriba —. No sigas. Podríamos ser oídos por..., por ellas. Eso resultaría trágico ahora, Lev.
Saltó ágilmente al fondo. Cayó en los brazos de Lev, que la rodearon con calor, con energía. Ella se sintió oprimida por aquellos músculos fuertes, vigorosos. Respiró hondamente, apoyando su cabeza en el torso del astronauta.
—Ilonka... —jadeó él.
—Oh, Lev, nunca creí que esto llegase... —musitó la joven—. No perdamos tiempo. Hemos de salir los dos de aquí.
—¿Crees que podemos escapar?
—Estoy segura de ello —sonrió Ilonka—. Lo más difícil está logrado.
—¿Y Alexis?
—No pude localizarlo. Sigue cautivo. Veremos de liberarlo, pero antes de nada, hemos de liberamos nosotros, salir de aquí, ver de planear algo práctico para sacar a Alexis de su cautiverio también... Vamos,

no perdamos tiempo. Lev.
—Sí, vamos ya —miró arriba—. ¿Subimos por ahí nuevamente, Ilonka?
—No, no —rechazó ella en un murmullo—. En el templo de las brujas, escuché algo sobre esta celda... Tiene una salida el foso, hacia el exterior, fuera de la vieja ciudad y sus muros... La utilizaremos. Creo que me será factible dar con ella, Lev.
Se separó de sus brazos. Comenzó a buscar por los muros de recia piedra. Finalmente, debió hallar algo, porque presionó una roca. Ese procedimiento debió accionar algún sistema secreto. Un pilar cedió, girando sobre sí mismo. Se abrió una cavidad oscura ante ellos.
—Di con el lugar —dijo triunfalmente Ilonka—. Vamos, Lev, cariño...
Le tomó de la mano. Le condujo hacia allá. Lev se agachó. Su elevada estatura pasó por el hueco. Ilonka le precedía, segura de sí. El resplandor rojizo apenas si era perceptible, pero aun así, no se movían en tinieblas.
El viaje duró un tiempo, siempre entre muros de roca. Por último, un soplo de aire fresco azotó el rostro de Lev. El respiró aliviado. Salieron al exterior. Bajo los astros de Orion, en aquella remota Galaxia.
—¡Lo logramos! —exclamó gozosa Ilonka—. ¡Somos libres, Lev!
Se abrazaron ambos de nuevo, exultantes de alegría. Lev oprimió contra sí aquel cuerpo adorable. No pudo evitar sus impulsos. Y besó a Ilonka.
Ilonka le devolvió con creces aquel contacto apasionado y profundo. Lev se apartó luego lentamente. Miró a la joven. Las luces de los astros de aquel mundo se reflejaban en sus ojos profundos. La noche estelar, cuajada de nebulosas radiantes y lejanas, así como de platinados satélites en torno al planeta Mox, aparecía súbitamente hermosa y llena de promesas, para el hombre que poco antes desesperaba de salir con vida de aquel pozo profundo.
—Vémonos, Lev... —le invitó Ilonka, tirando de su mano—. Vémonos lejos de aquí...
Miró él en torno. A los muros cercanos, a la ciudad en sombras. Lo que poco antes había sido un alegre lugar; donde bailaban los habitantes de Mox, convertidos en aparentes seres humanos, para no horrorizar a Lev y a sus amigos.
Ahora, de todo eso no quedaba nada. Ni habitantes, ni palacios, ni luces, ni música. Sólo sombras, silencio, muerte...
—Hemos de rescatar todavía a Alexis —le recordó Lev, preocupado.
—Lo haremos más tarde, Lev. Tenemos que alejarnos por si nos descubren. Encarcelados de nuevo, no seríamos útiles a Alexis... y nos perderíamos nosotros.
—Tal vez tengas razón —convino Lev, frunciendo el ceño—. Nos alejaremos, pero no mucho, Ilonka.

Caminaron bajo los astros y el cielo nocturno, salpicado de satélites de la noche. Llegaron a un cercano boscaje de extrañas formas verticales. Alrededor suyo parecía haberse extinguido todo rastro de vida. El silencio moraba en aquel planeta.
—Ilonka, ¿cómo pudiste salir de tu encarcelamiento? ¿Cómo burlaste a Gala y a las demás hechiceras? —Lev hizo la pregunta, interesado aún en conocer la respuesta.
—Oh, será largo de contar, Lev... —Ilonka se dejó caer en el suelo cubierto de césped, con aire casi infantil.
—No importa. Cuéntamelo. Tal vez nos sea útil para rescatar a Alexis...
—Está bien. Te lo contaré… — suspiró haciendo una pausa. El se sentó a su lado, y rodeó sus hombros con un fuerte brazo. Ilonka se acurrucó, melosa, contra él—. Lev, quisiera que hubieses visto el Templo de las Tinieblas... Era algo terrible, estremecedor. Un lugar del que parece imposible salir, si no es hacia la muerte misma.
—Pero tú saliste...
—Creo que algo sobrenatural me ayudó. Lev. No encuentro otra explicación a mi gran fortuna... —sonrió, acariciando los cabellos de Lev, su rostro, su torso de hombre atlético y vigoroso—. Estaba destinada por Gala al altar de sacrificios a sus horribles y feos dioses del mal..., cuando encontré el medio de evadirme. ¿Es necesario que te cuente todo ahora, Lev?
—¿Por qué no? Tenemos tiempo, en tanto te escucho y se me ocurre algo para tratar de libertar a Alexis, aunque no sé lo que ello sea. Habla, Ilonka, te lo ruego. El sonido de tu propia voz, es el mejor medio de que mi mente actúe eficazmente.
—Sí, Lev —murmuró ella, dócil. Y prosiguió su relato—: Cuando se espera el sacrificio ante los dioses, la doncella condenada espera en un altar de piedra sangrante, entre las fauces de un enorme monstruo tallado en la roca viva y de cuya boca surge un resplandor y unos cánticos. Se encadena a la mujer allí sometida a la tortura lenta del sacrificio y se espera la fecha propicia. Entretanto, los animales y alimañas pueden atacar a la persona cautiva sin que nadie piense en defenderla, ni se ablande ante sus gritos de dolor y de angustia.
—Espantoso, Ilonka...
—Sí. Espantoso e interminable. Lev... Pero yo tuve fortuna. Chispas de fuego brotan de esa cavidad que es la boca del monstruo tallado en piedra. Una de las chispas alcanzó mis cadenas, que eran de una extraña materia, flexible e imposible de quebrar, pero sensible sin embargo al fuego. Acaso sean fibras vegetales, no sé... Lo cierto es que ardió y me dejó libre un brazo. Pude liberar el resto de mi cuerpo y me evadí de allí, dejando un bulto sobre la piedra que, a la distancia a que miran las brujas, parece que sea yo misma, inmóvil sobre el

altar. La superchería sólo puede descubrirse con el día, Lev.
—Y para encontrarme después a mí...
—Escuché lo que hablaban ellas. Mencionaban tu pozo de cautiverio, el modo de entrar en él: Y confiaban en que nunca descubrieras la salida al exterior, simulada en las rocas. Al parecer, esa vieja ciudad, ahora en ruinas, fue en tiempos una esplendorosa corte de las gentes de este planeta. Luego, las brujas dominaron el lugar y los hechiceros y encantadores poblaron la ciudad, hasta ser expulsados de nuevo por los habitantes de la raza a la que pertenecía Oresza. Los secretos de este lugar son, pues, bien conocidos de las tres hechiceras, Lev...
—Entiendo —asintió él. Dejó vagar su mirada por el cielo oscuro de la noche, y los lejanos astros de una noche nueva y desconocida para él. La noche de un mundo remoto, en una distante Galaxia, en el infinito de los espacios siderales...
Hubo un silencio. Ilonka le rodeó con sus brazos, buscó su boca. Se encontraron ambos, en otro beso apasionado. Los ojos de Lev brillaban, reflejando las estrellas de la noche.
—Ilonka... —musitó—. Siempre te amé como ahora...
—Oh, Lev, qué feliz me haces con esas palabras...
—Siempre sentí igual por ti. En este viaje, como en el nuestro anterior a Venus y Saturno ¿recuerdas?
—Claro, Lev. Nada de cuanto he vivido cerca de tí pude nunca olvidarlo. Yo también he sentido por ti del mismo modo, ocultando mis sentimientos... Ahora es maravilloso que nos sinceremos, que nos unamos, como unidos estamos ahora, cariño... Quisiera que esta noche mágica no terminase nunca...
—Los bellos momentos nunca deben terminar —susurró Lev—. Pero son siempre breves. Demasiado breves, Ilonka. Pero no debemos pensar en nosotros sino en Alexis.
—Alexis... —suspiró ella—. Sí. Hay que hacer algo por sacarle de ahí. Volveremos antes de que amanezca. Lev, pero ahora... este momento es nuestro, amor... No lo rompamos tan pronto. Nada le sucederá a Alexis en estos momentos, estoy segura...
—¿Cómo puedes estarlo, Ilonka?
—No sé... Es una corazonada, Lev...
—Tus corazonadas rara vez fallan —sonrió Lev—. ¿Recuerdas aquélla, en la nave Solar 37, camino de Saturno? Cuando avisaste al comandante Igor de lo que sucedería...
—Recuerdo algo, pero no demasiado bien, Lev. No quiero recordar ahora nada; ninguno de nuestros anteriores momentos juntos, sino éste de ahora. Olvida ese viaje espacial, piensa sólo en el actual, en cómo regresar a nuestro mundo un día, para ser felices tú y yo.
—No es difícil olvidar nuestro anterior viaje juntos, Ilonka..., puesto que nunca hubo tal viaje —dijo heladamente Lev—. Tú y yo no

hicimos juntos más que este viaje... Has caído en la trampa, amor...
—¿Eh? —Ilonka se echó atrás, repentinamente pálida, dilatados sus ojos—. ¿Qué te sucede cariño?
—Bien lo sabes tú —Lev se irguió—. No eres Ilonka. Creo entender bien ahora. Tu llegada, tu providencial salvación y fuga, tus conocimientos de esa vieja ciudad... y tu deseo de amar, de amar intensa e inmediatamente... Eres... eres Gala, la bruja, no Ilonka, la mujer a quien amo.
—¡Lev!
—Te hice picar el anzuelo. He bloqueado .mis propios pensamientos para que no captases tú mis ideas, para que no te dieras cuenta de la mentira. Cuando mencioné esa falsa expedición a Saturno, pensaba realmente en nuestro grupo, pensando en él como en un ser vivo, en un amigo real. Gala, maldita bruja ¿por qué ocupaste el puesto de Ilonka? ¿Por qué te has transformado en ella? Nunca podrías engañarme. Nunca.
Se produjo de nuevo la metamorfosis. Como en un encantamiento de cuento de hadas, todo volvió a ser como realmente era. El sortilegio de Gala no había surtido efecto.
Y donde poco antes aparecía Ilonka, ahora, entre un resplandor súbito, emergía Gala, la hermosa, platinada, altiva Gala, con expresión colérica, con ojos centelleantes, con gesto de ira.
—Maldito... —jadeó—. ¿Cómo pudiste sospecharlo?
—No sé... Había algo raro en ti. Tal vez nunca sepa definirlo, pero distinguiría en todo momento a la auténtica Ilonka de tí o de cualquier otra. Tal vez eso sea amor, no lo sé. Lo cierto es que sospeché de ti en seguida. Y quise estar seguro.
—Bien. Ya lo estás. Sabes que suplanté a esa maldita mujer, para seducirte con su apariencia, para hacerte mío contra tu propia voluntad... He fracasado. Y eso no me gusta, hombre de otros mundos.
—Imagino que no puede gustarte —sonrió él—. Te crees infalible, y fallas contra mí.
—Eres un loco ¿entiendes? Podría darte felicidad, poder, libertad...
—Todo eso sirve de poco, cuando uno no lo desea —ahora la sonrisa de Lev se hizo triste—. De todos modos, lucharé por mi libertad. Y por mi vida.
—No puedes luchar. Volverás adonde estabas. Morirás allí.
—No me dejaré capturar nuevamente. Prefiero morir en la lucha.
—Nadie lucha contra las brujas. No tienes poder para ello. Lev.
—¿Tanto es tu poder. Gala?
—Me bastará un gesto, y te envolverán las sierpes de nuevo. Serás trasladado a tu celda, a esperar tu final
—¿Y ella, Ilonka?

—¿Quieres saber dónde está ella. Lev? —la risa de Gala fue cruel, complacida—. Bien, no te será difícil verla. Te concederé tal privilegio, al menos para que sufras, viéndola sufrir a ella.
—Pero ¿dónde está? —rugió Lev, furioso.
—En el altar de sacrificios. El lugar que te referí antes. Y del que nunca pudo ella salir, ciertamente... —su mueca desdeñosa se hizo triunfal—. Allí morirá. Lentamente. Sacrificada a nuestros dioses de las tinieblas. Vamos, Lev. Regresa a tu prisión.
—¡Nunca! —él se echó atrás—. Tendrás que hacerlo contra mi voluntad, a viva fuerza de nuevo. No me someto. ¡Nadie debe someterse nunca, ni siquiera a los poderes maléficos de seres como tú! ¡Si así fueran todos, este planeta no sería vuestro, malditas brujas perversas!
—Es inútil cuanto hagas —suspiró Gala—, Vamos, Lev,
—¡No! —rechazó él, vigoroso—. No, Gala. No voy.
—Bien. Te llevaré yo.
Alzó sus brazos. Un nuevo encantamiento, una nueva prueba de sus poderes infernales y Lev regresaría a su encierro para siempre. Sólo eso. Y contra ello, él no podía luchar en modo alguno.
Entonces sucedió.
Algo ocurrió y Lev pudo enfrentarse a Gala, la bruja.

8

Fue primero un movimiento furtivo en la jungla, a espaldas de Gala. Luego, hubo un leve centelleo.
En la mente de Lev, nítido, zigzagueó un pensamiento, unas palabras recibidas sin sonidos. Un mensaje telepático inconfundible:
—¡Toma esto, actúa pronto!
Y en sus manos abiertas, engarfiadas, de luchador furioso, cayó algo procedente del bosque en sombras.
Algo sorprendentemente simple. Sin aparente significado. Algo lanzado hasta él por alguien. Por el ser que le había transmitido tan claramente sus pensamientos.
Era una simple forma curvada. Un objeto de hierro, provisto de una especie de aspa curva en su final, con el remate de una púa triangular, afilada, punzante.
Pensó si sería un arma. La esgrimió, ante la súbita sorpresa de Gala. La asestó sobre ella, preguntándose si debería lanzarla contra la hechicera, agresivamente.
Gala chilló agudamente al verse apuntada. No hizo falta más.
Su alarido se elevó en la noche. Hubo un centelleo cegador, una densa humareda... y Gala se eclipsó.
Desapareció de delante de Lev, como én una vieja farsa nigromántica.

No quedó nada ni nadie sobre el césped del bosque. Pero su alarido se perdió en la distancia, en alguna parte, junto con el vapor humeante, que subía hacia el cielo.
—Dios mío... —pensó Lev, aturdido. Contempló la pieza de hierro en su mano, perplejo—. ¿Habrá , sido destruida Gala?
—Hijo mío, no es así. Por desgracia, no resulta tan sencillo... —dijo la misma voz que oyera en su cerebro.
Esta vez no era un mensaje mental. No era telepatía sino el sonido de una voz auténtica. Levantó la cabeza. Vio al hombre cubierto de escamas relucientes. Aquéllas eran las que brillaron en la sombra, produciendo aquel destello leve de antes.
Era un humanoide. O bastante similar, cuando menos. Pero su cráneo ovalado, su rostro ratonil y su cuerpo desnudo, totalmente cubierto de escamas plateadas, diferían un tanto del concepto que Lev tenía de los homínidos.
Recordó a Oresza. Y se dijo que sería otra alucinación, otra representación ficticia de un ser de aquel planeta.
—No, muchacho —rechazó su pensamiento aquel ser, aunque él no había llegado a formularlo con palabras—.
No soy lo que piensas. Yo soy realmente así, como me ves.
—Pensé que aquí, en Mox, solamente había unos seres humanos: las brujas.
—Yo también soy brujo, hijo mío —sonrió el rostro extraño de aquel ser. Su cuerpo escamoso, sin ropas, avanzó hacia Lev—. Nykod el mago. No nací en este planeta, pero moro en él. Y lucho contra el poder nefasto de las brujas. Hasta ahora, no he podido vencerlas totalmente, pese a mis poderes.
—No entiendo ¿Por qué lo haces?
—Ellas vinieron aquí, procedentes de un mundo de magos y hechiceros. Tienen poderes superiores a los de tu raza y la de este pueblo. Fueron sentenciadas por nuestras leyes, por faltar al código de los hechiceros de nuestro planeta. Pero su vagabundeo de destierro en el espacio, terminó un día en Mox. Y aquí se convirtieron en un peligro. Nuestros Gobiernos enviaron a algunos miembros de nuestra sociedad para acabar con ellas. Yo soy uno. Pero es difícil tarea. En Mox, ellas se han hecho más fuertes. Las condiciones de vida de este mundo les son favorables. Y ahora, por si fuera poco, poseen la máquina de lo imaginado. Pueden hacer cuanto quieran, captar pensamientos, evitar ataques, dominarlo todo.,.
—Y esta arma... —Lev agitó el hierro punzante, en forma de córva cruz.
—Guárdala. Puede serte muy útil, si has de luchar contra ellas como imagino. Escuché tus palabras de antes. Sé que has de salvar a alguien a quien amas...

—Ilonka... —Lev apretó los labios. Sus dedos estrujaron el arma misteriosa—. ¿Puedo utilizar esto en tal empresa?
—Puedes hacerlo, sí. En toda causa justa y honrada, esa arma te será útil. Su poder es miiy grande. Mientras la poseas, las brujas nada pueden contra ti. El resto es cosa tuya, por supuesto.
—¿Cuál es la utilidad real de este objeto?
—Basta apuntar con él a quien te ataque. Lo demás llega por si solo. Es un arma mágica, muchacho —el brujo sonrió—. Quisiera ayudarte más. Tú eres fuerte, valeroso y decidido. Eso es algo que hace falta en Mox. Si alguien con valor, con fe, sobre todas las cosas, lucha por la supervivencia del planeta, creo que puede salvarlo aún. Tú podrías ser esa persona.
—Quisiera serlo. Destruir a esas hechiceras sería un gran premio, puedes creerme, Nykod —sacudió la cabeza. Miró a su interlocutor, intrigado—. ¿Cómo es que hablas mi lengua, amigo?
—No, no —el mago sacudió ahora el ovoide cráneo negativamente—. Crees oírme hablar en tu lengua. Yo te hablo en la mía propia. Tu mente traduce el lenguaje como yo hago con el tuyo. Es algo que yo provoco. Un contacto mental, ¿comprendes? De otro modo, sería imposible entendernos. Nuestros lenguajes son tan distintos entre sí...
—Cielos, todo es prodigioso en Mox...
—En mi planeta lo es mucho más —rió Nykod—. Magia, hechicería, encantamiento, poderes ocultos, control mental... Cosas que ninguno de vosotros imaginaría siquiera, es allí cosa natural, de cada día. El Creador puso en cada mundo a las personas dignas de habitarlo.
—Me gustaría saber tanto como tú, Nykod. Pero yo no soy mago —suspiró Lev—. Solamente soy... un hombre. Y un hombre solo frente a poderes demasiado grandes, con un solo objetivo concreto: salvar a mis amigos,
Alexis e Ilonka. Y, de ser posible, regresar con ellos, a mi propio planeta...
—Tal vez todo eso os sea posible. Pero antes, hay que quitar a esas brujas la máquina de lo imaginado. Y, a ser posible, exterminarlas, amigo. ¿Crees que puedes hacerlo?
—No lo sé —agitó la cruz curvada-—. Pero al menos, sí puedo decirte algo, Nykod: voy a intentarlo.

* * *

Sombras y oscuridad.
Eso era todo en la ciudad antigua de Mox.
Lev se movió por entre los oscuros edificios, por calles desiertas y extrañas. Era un mundo fantástico, irreal. Poco parecido al suyo propio. Pero iba habituándose a él.
Cruzó lentamente por sus sendas vacías. Llevaba en su firme mano el

arma punzante. Y tras él, callado, solemne, el hombre del cuerpo escamoso.
—Siento que algo me guía —dijo Lev, en un susurro—. Es... es como una corriente, un magnetismo...
—Tu arma, hijo —respondió el mago—. Tu arma te señala el camino. Vas a libertar a tus amigos. Te conduce a ellos.
—¿Aún viven? —dudó Lev.
—Creo ver que sí. Viven. Puedes rescatarlos.
—Ojala sea así... ¿Y después?
—Sigue tus impulsos. Obra según tu deseo. Tu arma te guiará en todo. Te ayudarán nuestros poderes. Pero las brujas no esperarán cruzadas de brazos. Saben que eres un peligro. Gala lo sabe ahora, cuando la obligaste a
desaparecer. Sabe también que sólo yo puedo ayudarte hasta ese punto. Y estará planeando algo para atacarnos...
Lev asintió, siguiendo adelante. Tenía fe. Fe en sí mismo, en el arma extraña... Fe en el triunfo frente al mal. Ahora, más que nunca.
De súbito, se detuvo, impresionado. La mole monstruosa se recortó contra el cielo. Era un perfil demoníaco. El de un animal, mitad perro, mitad dragón. Erguido, con sus rojas fauces abiertas en la noche, como una visión de pesadilla...
Lev alzó su arma hacia él, por puro instinto. El mago Nykod sonrió.
—Nada temas —dijo—. Es sólo un templo. El templo de las tinieblas. El lugar de sacrificios a los dioses del mal...
—¡Sacrificios! —aulló Lev—. ¡Ilonka!
Corrió, ladera arriba, hacia las fauces de piedra que formaban el acceso al templo satánico. Descubrió la gran piedra circular, entre las fauces del monstruoso ser tallado en roca.
Y en ella, encadenada con fibras tirantes y elásticas, a Ilonka.
Ilonka, rodeada de extraños reptiles, de alacranes cárdenos, de arañas viscosas y relucientes, que mordían sus brazos y hombros desnudos, o paseaban sobre sus senos, dejando surcos sangrientos en la tersa piel femenina.
Ella gemía, se quejaba lenta, plañidera, cerca del desvanecimiento...
Lev lanzó un sordo rugido de ira. Alzó su arma férrea, apuntando a las alimañas. Hubo en torno a Ilonka como un chisporroteo, un reguero de chispas zigzagueantes... Abrasadas, revolcándose, las repulsivas alimañas perecieron en el acto, sin que las chispas tocaran lo más mínimo a Ilonka.
—¡Dios sea loado, es maravilloso! —susurró él, lanzándose sobre la joven, cuyas ligaduras, también desgarradas por aquella extraña fuerza, se desprendían de su cuerpo cautivo, liberándolo.
Rodeó a Ilonka con sus brazos. Ella musitó, apagadamente:
—Lev... Lev, gracias... mi vida... — y se desvaneció.

El regresó con ella entre sus brazos, al lado del mago Nykod. Este inclinó su oval cabeza deforme, sonriendo.
—Bien —dijo—. Estás logrando tus objetivos porque tienes fe, por encima de todo. Y tu fe mueve las fuerzas mágicas precisas para terminar con esas mujeres malditas y con sus poderes del mal.
—Ahora debo buscar a Alexis. Y a ser posible, salvar a los que sobrevivan de este caos, a los pobres habitantes de este planeta, diezmados por las brujas y sus poderes...
—Todo eso sólo significa bien, sacrificio por los demás, altitud de miras y gran valor —asintió Nykod gravemente—. Creo que puedes alcanzarlo. Inténtalo, hijo...
Lev meneó con energía su cabeza.
—Es lo que pienso hacer —dijo.

* * *

Alexis resultó fácil de hallar. La extraña arma, con su magnetismo inexplicable, condujo a Lev hasta el lugar donde había sido encerrado, a la espera de la muerte. Una mazmorra similar a la de Lev, pero con un pozo vecino, donde se agitaban, pululantes, millares de enormes gusanos voraces. Alexis sabía que cuando tuvieran más hambre, serían lanzados sobre él, para exterminarle.
Lev los aniquiló a todos, sólo con apuntarles con el arma prodigiosa. Se abrasaron, en informe y hediondo montón. Alexis emitió un silbido.
—Cielos, Lev... —musitó—. Nunca vi arma tan destructiva. ¿Cómo lo hace?
—Eso quisiera yo saber —sonrió Lev fieramente. Agitó el objeto metálico—. Sólo sé que es mi fuerza actual. Como una varita mágica. Con este arma, lo puedo todo. O casi todo...
—Vamos de aquí, Lev. Hay qué volver a la Tierra, si ello es posible. O, cuando menos, regresar a nuestra nave, tratar de repararla, protegemos allí de todo peligro...
—Esto nos protege del peligro, no temas. Además, aún hay cosas por hacer aquí, Alex.
—¿Qué cosas? Estas gentes han sido aniquiladas. Las brujas huyeron...
—Tal vez no todos fueron aniquilados —reflexionó Lev—. Quizá muchos supervivientes escaparon. Y aguardan su momento, sin gran esperanza. En cuanto a las brujas... no creo que hayan huido.
—¿No? ¿Qué harán entonces, en esta ciudad muerta, Lev?
—Esta ciudad muerta, Alex, era la capital de las gentes de Oresza. Y aquí estaba algo muy valioso: la máquina de lo imaginado, su gran computador electrónico. Ellas, las brujas, no se alejarían dé esa máquina, que tanta fuerza y poder puede darles...
—Lev, ¿cómo vas a encontrar la máquina? La habrán ocultado en

lugar seguro... El palacio está destruido ahora...
—-Deja que busque --extendió su brazo armado. Y empezó a moverse en una dirección concreta—. Deja que busque... y encontraré lo que deseo...
Ante la perplejidad de Alexis, su compañero parecía ahora muy seguro, siguiendo un rastro que sólo él podía distinguir. Se limitó a ir tras él, esperando que Lev se detuviera en alguna ocasión, indeciso.
No ocurrió así. Lev siguió adelante. No se detuvo hasta plantarse ante un alto muro en sombras, sin resquicios ni luces.
—Te lo dije —resopló Alexis—. No podías hallar la máquina sólo con eso.
—Te engañas. Está aquí —dijo Lev—. Tras ese muro.
—Aunque así fuese..., ¿cómo vas a entrar? No veo puertas, ni ventanas, ni abertura alguna...
—Entraré —aseguró Lev—. Los muros no son más fuertes que mi decisión. Y mi decisión es llegar a la máquina y reintegrarla a sus legítimos dueños.
Dicho esto, avanzó. Puso la cruz curvada con su punta apoyada en el gran muro sombrío. Esperó.
Hubo una convulsión brusca. Se resquebrajó el recio muro. Alexis boqueó, fascinado. Se abrió una profunda grieta en la pared. Por ella podía pasar un ser humano. Lev no dudó.
Se adentró en la oscuridad. Sin una vacilación, sin un temor. Alexis corrió tras él, dominando su estupor y sus inquietudes.
Avanzaron por una zona de sombras. Súbitamente, ante ellos, hubo como un resquebrajamiento súbito. Algo, una pared, se desplomó delante de Lev. Brotó luz radiante. La máquina de lo imaginado estaba allí. Delante de ellos.
Lev la descubrió con profundo alivio. Avanzó hacia ella...
—Nunca. ¡Nunca será tuya ni de ellos otra vez! —rugió la voz.
Alexis, preocupado, dio un paso atrás. Lev no dio ninguno.
Delante de ellos, estaban ahora las tres brujas. Gala, Aurea y Olwa.

* * *

Protegían la máquina. La cubrían con sus figuras arrogantes, hermosas, de insultante altivez. Sus rostros bellísimos, eran máscaras de odio y de furia demoníaca.
—Gala... —silabeó Lev, encarándose a la más autoritaria de las1 tres —. Al fin volvemos a vernos...
—Eres obstinado, Lev —dijo ella fieramente—. Pero perderás. Nadie venció nunca a Gala. Ni a ninguna de nosotras.
—Ahora es diferente —Lev agitó su cruz curvada—. Tengo esto.
Gala retrocedió, con una convulsión. Las otras dos le miraron, aterradas.

—De modo que sabes tu poder... —dijo Aurea, furiosa.
—Todavía no me has vencido, Lev —ella se inclinó sobre la máquina —. ¡Todavía no...!
Pulsó un resorte. Centuplicadas, multiplicándose casi hasta el infinito, las brujas se repitieron hasta formar hileras de docenas y docenas de cada una de ellas. Resultaba imposible saber cuál era la auténtica y cuáles las imaginadas que fabricó la máquina prodigiosa.
Miles de carcajadas perversas retumbaban en el ambiente. Todas las figuras se movieron hacia Lev y Alexis, como un ejército increíble...
Lev no se inmutó. Alzó su arma. Señaló a la masa de hermosas mujeres.
Inflexiblemente, el poderoso elemento de que Lev había sido dotado, detectó a las únicas. A las verdaderas brujas. Se extinguió todo lo demás. El espejismo desapareció, quedando solamente ellas tres, envueltas en una neblina tenue.
Gala gritó con furia. Se precipitó hacia Lev, esgrimiendo en su mano marfileña, engarfiada, un extraño puñal ondulante, que despedía chispas azules, incandescentes.
—¡Cuidado! —aulló la voz de Nykod, en alguna parte—. ¡Es el cuchillo del exterminio, al servicio de las fuerzas del mal!
Lev lo vio venir hacia sí. Y pese a que alzó su preciada arma de hierro, no pudo evitar su vertiginoso descenso. Lo sintió, al herir su cuello mortalmente...

9

El cuchillo penetró en su piel, hendió su carne, desgarró su cuello, brotando la sangre...
Sintió un fuego helado penetrando en su ser, recorriéndolo todo, como un escalofrío de muerte... Pero aún así, no vaciló. Ni un grito brotó de su garganta ante la cuchillada feroz que no pudo evitar. Lev, con entereza, con energía, se limitó a apoyar con fiereza su curvada cruz sobre el rostro y cabellos de Gala. La punta tocó los ojos púrpura de la hermosa hechicera y...
Hubo un súbito, desgarrador alarido.
Gala se convirtió en una horrible antorcha viviente, que retrocedió, entre chisporroteos, agitándose en un frenesí inútil. El cuchillo se derritió, convertido en chispas azules... La sangre dejó de fluir milagrosamente de la herida de Lev. Su herida se cerró bruscamente...
—Cielos, Lev, es cosa de brujería... —jadeó Alexis—. ¿Qué sucede aquí?
—No lo entiendo... —Lev miró a las otras brujas, que contemplaban despavoridas el final trágico de Gala y, encogidas, parecían

someterse a su inexorable derrota—. Pero sea lo que fuere, creo que ha sido el triunfo de la fe y de la decisión, por encima de todo...
—Cierto, Lev, amigo —dijo Nykod, apareciendo tras ellos. Y ante su presencia, Aurea y Olwa se encogieron más aún, medrosas y vencidas, sin aquella arrogancia suya de antes—. Ha sido todo cuanto tú dices. Pudiste morir. Ya estabas muerto, en realidad, al penetrar en tu cuerpo el cuchillo del mal. Pero tu energía, tu decisión, te salvaron. Fuiste más allá de los humanos límites, para vencer. Y venciste. Ella se quedó aniquilada. Vencida. Gala ha muerto. Sus compañeras regresarán conmigo, para ser castigadas.
-¿Y yo...?
—Tú debes liberar al pueblo de Mox —sonrió Nykod—. Parece ser tu destino actual. Y para eso, ya no me necesitas.
—¿Qué podré hacer yo, sin esa arma prodigiosa?
—No, no. Debes quedártela, aunque ya de nada te servirá, salvo para ayudar a otras gentes, como los que sobrevivieron al caos de este planeta. Quédate con ella, porque sólo bien sé que harás, hijo...
Se acercó a las hechiceras. Puso sus manos encima de Aurea y de Olwa. Ellas, dóciles, no resistieron.
Hubo una humareda verde, intensa, súbita. Al extinguirse, ellos ya no estaban. Nykod y las brujas habían desaparecido. Para siempre...

* * *

—Es hermoso volver a vernos así —sonrió el venerable Oresza, flanqueado por el rubio y hermoso Zarek y Nubla, su morena enamorada—. Volver a ser lo que éramos... ante vuestros ojos.
—No importa vuestra apariencia. Pero si queréis despediros de nosotros en ese aspecto físico, sois dueños de hacerlo —sonrió Lev —. No causa nunca repugnancia ningún ser si es realmente bondadoso de sentimientos.
—¿Cómo podremos pagaros tanta bondad, la salvación de nuestro pueblo...?
—Olvidadlo. Lo hermoso será que no se repitan hechos así. Fue una gran suerte que hubierais sobrevivido, contra lo que Gala deseaba... Me alegro de devolveros vuestra máquina, vuestra ciudad... y vuestro derecho a la vida —pensativo, Lev abrazó contra sí a Ilonka, que sonreía radiante, y contempló su curvada cruz mágica—. Sólo espero que esto nos sirva también para reparar averías mecánicas... y volver a la Tierra, Oresza.
—Servirá, amigos míos. Vuestra bondad lo merece. Servirá, sin duda alguna, ya veréis. Estoy seguro de que esa fe que te anima, Lev, será capaz de obrar el milagro. Ya lo veréis amigos míos. Yo también tengo fe. Y estoy seguro de eso...
Luego, el patriarca tendió su mano. Era la despedida.

* * *

Y el milagro se produjo, una vez más. La nave Notch-10 pudo reparar sus averías. Regresar a la Tierra...

Sólo que, cuando la nave se hallaba ya en el espacio sideral, lejos de Mox y de la luz azul de Rigel, sol de dioses, la cruz curvada se disolvió en las manos de Lev, sin dejar rastro...

Alexis se quejó:

—Lástima... Hubiera sido un bello recuerdo...

Lev rechazó, abrazando a Ilonka:

—Nuestra propia vida es el mejor recuerdo de todo, Alex. Después de todo, el arma había cumplido ya su misión. Ha sido mejor así...

Y se miró en el fondo luminoso de los ojos de Ilonka. Aquél era su mejor premio. Lo mejor del largo viaje a las estrellas...

FIN

Notas

[←1]

La obra de Milton presenta un caso semejante, en cierto modo. En Shangri-Lah, el mítico monasterio tibetano donde la juventud es eterna, el personaje central de la obra desea permanecer allí, mientras su hermano repudia el lugar, y desea evadirse.